

—Hija mía, hace muchos días que no te pregunto nada con respecto al inconsolable viudo.

—¡Bah!

—Se consolará —rio Alice Quimper—. Todos los viudos llegan a consolarse. Sandra es muy bonita.

Esta alzándose de hombros.

—Estoy desistiendo de ello.

—Merece la pena insistir, querida —intervino el padre—. Ten en cuenta que sus millones son tan numerosos como sus penas.

—Precisamente por eso, papá. No será posible quitarle esa pena del corazón.

—No creo que sea diferente de los demás hombres —objetó la madre—. Y a todos les pasa.

—La quiso demasiado. —Y con rabia, añadió—: Estimo que hasta casado de nuevo compararía, y sería terrible.

—No lo creas. Una muerta es un pasado, y no hay pasado que llegue a vencer a ningún presente. Tú estás viva y lo amarás.

—Hija mía, hace muchos días que no te pregunto nada con respecto al inconsolable viudo.

—¡Bah!

—Se consolará —rio Alice Quimper—. Todos los viudos llegan a consolarse. Sandra es muy bonita.

Esta alzándose de hombros.

—Estoy desistiendo de ello.

—Merece la pena insistir, querida —intervino el padre—. Ten en cuenta que sus millones son tan numerosos como sus penas.

—Precisamente por eso, papá. No será posible quitarle esa pena del corazón.

—No creo que sea diferente de los demás hombres —objetó la madre—. Y a todos les pasa.

—La quiso demasiado. —Y con rabia, añadió—: Estimo que hasta casado de nuevo compararía, y sería terrible.

—No lo creas. Una muerta es un pasado, y no hay pasado que llegue a vencer a ningún presente. Tú estás viva y lo amarás.

Corín Tellado

# **La otra**

**Bolsilibros: Coral 301**

Título original: *La otra*  
Corín Tellado, 1963

# Índice de contenido

Cubierta

La otra

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Capítulo XV

Capítulo XVI

Capítulo XVII

Capítulo XVIII

Capítulo XIX

Sobre la autora

## CAPÍTULO PRIMERO

El ama de llaves se santiguó. Era una mujer de unos cincuenta años, de pelo gris y sonrisa bondadosa. Peter, el ayuda de cámara de *sir* Wimbarne, emitió un pequeño gruñido y con voz profética exclamó:

—Manías.

—La ha querido mucho.

Peter alzóse de hombros y contempló adusto las flores que Lucy, el ama de llaves, colocaba en los búcaros que luego serían destinados al adorno del salón de recibir.

—Yo —gruñó Peter— perdí a mi esposa a los dos años de haberme casado. Y lo que es peor, ni siquiera me dejó el consuelo de un heredero, y jamás se me ocurrió hablar con la muerta todos los días y guardar en mi habitación todos los objetos personales, como si ella fuera a usarlos al otro día.

Lucy esbozó una tenue sonrisa.

—Es que tú, Peter, tienes que ganarte la vida.

—La he querido —protestó el ayuda de cámara— como pudo querer el señor a su esposa.

—Pero tienes que trabajar y no te queda tiempo para ocuparte de eso.

—También él trabaja.

—De otra manera.

—Bueno, como quiera que sea —gruñó Peter—, es absurdo lo que ocurre. Un hombre como él, convertido en un pelele por el recuerdo de una mujer, que por mucho que haga no ha de volver a este mundo. Si tanto la amó, que cifre su cariño en la hija que le dejó la esposa fallecida.

—Adora a la niña, pero eso no evita que de igual modo recuerde a su esposa.

—Pero no hasta el extremo de ponerse a hablar con ella todos los días, día y noche. Además, es una lata para las doncellas, pues cada vez que entran en la alcoba de la difunta señora, reciben una reprimenda del señor, si tocan los objetos personales de ella. Figúrate que hay una cinta del pelo en el suelo, y allí tiene que estar cuando él llega a la alcoba.

—No se consolará jamás.

Peter sonrió irónicamente y dijo:

—Con gran sentimiento de las ricas herederas del país.

—Lo cazarán al fin. Estimo —añadió filosófica el ama de llaves— que no es de hierro. Al fin y al cabo es de carne y hueso como los demás hombres.

—Si bien está aburrido por la falta de la esposa y no creo que sea capaz de casarlo nadie.

—Me gustaría saber qué dice *lady* Florence de todo esto.

—Les oigo discutir de vez en cuando. *Milady* adoraba a la señorita Palma, pero no admite que su hijo se pase parte de las noches hablando con ella como si estuviera viva.

Una doncella pasó por su lado, llevando en la mano un jarrón de flores. Cuando se perdió tras la puerta, Peter susurró:

—Son para el tocador de la señorita.

—Vamos, Peter. Hay mucho que hacer. No podemos perder el tiempo en chismorreos.

—Te ayudaré a poner los búcaros en el salón. ¿Tiene visita esta tarde?

—No lo sé. Posiblemente, no, pues le oí decir al señor que está pendiente una reunión de accionistas en los salones de recepción de los Astilleros.

—¡Qué diferente es todo! —suspiró Peter—. ¿Te acuerdas cuando vivía la señora? ¡Qué fiestas! Todo Glasgow desfilaba por estos salones —nostálgico, miró al jardín—. Eso —señaló— parecía un ascua de oro. Yo he servido en muchas casas importantes, pero jamás vi tanto lujo ni tanta gente distinguida reunida en una noche de fiesta, ni tantas joyas. Era algo extraordinario, ¿verdad?

—Lo era.



—Y todo duró cuatro años. Desde hace un año que falleció la esposa del señor, esto, más que un hogar de millonarios parece un cementerio.

Se oyeron pasos menudos y presurosos en el vestíbulo. El ama de llaves y el ayuda de cámara se pusieron rígidos.

—*Milady* —susurró Lucy. Y se apresuró a entrar en el salón.

Peter giró en redondo y se escabulló por una puerta lateral.

\* \* \*

Pasaron al salón. Sandra se dejó caer con un suspiro en un cómodo diván, mientras sus padres lo hacían enfrente.

Henry Quimper exclamó:

—Hija mía, hace muchos días que no te pregunto nada con respecto al inconsolable viudo.

—¡Bah!

—Se consolará —rio Alice Quimper—. Todos los viudos llegan a consolarse. Sandra es muy bonita.

Esta alzóse de hombros.

—Estoy desistiendo de ello.

—Merece la pena insistir, querida —intervino el padre—. Ten en cuenta que sus millones son tan numerosos como sus penas.

—Precisamente por eso, papá. No será posible quitarle esa pena del corazón.

—No creo que sea diferente de los demás hombres —objetó la madre—. Y a todos les pasa.

—La quiso demasiado. —Y con rabia, añadió—: Estimo que hasta casado de nuevo compararía, y sería terrible.

—No lo creas. Una muerta es un pasado, y no hay pasado que llegue a vencer a ningún presente. Tú estás viva y lo amarás.

—Es fácil amar a Rex.

—Por eso mismo.

—Pero la quiso demasiado.

—Es lo extraño, que la haya querido tanto si no era, ni con mucho, lo bella que tú.

Sandra volvió a suspirar.

—Es un tipo raro. Es de los hombres que no estiman la belleza física sin cualidades morales. Y Palma debía de estar llena de estas cualidades.

—Tú eres una chica muy buena y muy bella. Algún día se dará cuenta de que lo reúnes todo y entonces olvidará a la otra.

Sandra no respondió. Pensaba en que no sería nada fácil desechar del corazón de Rex Wimbarne el recuerdo de su esposa muerta.

\* \* \*

—Es absurdo.

—Mis negocios no van muy bien —gruñó Eric Morris—. Necesito un crédito del Banco o me hundo...

Jane, su hija, se echó a reír. Era una joven morena, alta y delgada, de pícaros ojos. Sin que ella respondiera, su madre volvió a exclamar:

—Es absurdo.

—¿Qué es absurdo? —gruñó de nuevo el caballero.

—Que Rex se pase la vida en la alcoba donde falleció su esposa, contemplando, objeto por objeto, todo lo que le perteneció a ella.

—Eso se le pasará. Yo también fui viudo, recuerda. Y me casé contigo a los dos años de morir mi esposa. Y también parecía un viudo inconsolable. Necesito que Jane se case con Rex.

—Papá, eso no he de decirlo yo.

—Las mujeres tenéis arte para eso. Los hombres, y te lo digo por experiencia, somos muñecos en las manos de las mujeres.

—No todos, papá, no todos.

—¿A ti no te gusta Rex? —preguntó de nuevo la dama.

Jane hizo un gesto, como diciendo: «Qué cosas dices. Rex nos gusta a todas las mujeres».

—Naturalmente, mamá —admitió en voz alta.

—Pues eres más bella que jamás lo fue Palma.

—Palma pertenecía a una distinguida familia escocesa, mamá.

—Y no poseía un chelín.

—Más a mi favor. La quiso de verdad.

—Todo se olvida.

—No es tan fácil. Recuerda lo que cuentan por ahí. Se pasa la vida, o bien en la alcoba donde falleció su esposa, o bien hablando con la amiga de esta en la escuela de los Astilleros. Siempre recordando a Palma.

—Todo pasa —insistió Eric Morris—. Al fin y al cabo, es un hombre como los demás. Y las minas de carbón necesitan un crédito.

Ni la esposa ni la hija respondieron.

\* \* \*

—Te vi con Rex esta mañana.

—Le encontré cuando yo salía de la Universidad —admitió Griselda—. Se mostró tan gentil que me ofreció su coche para traerme a casa.

—Es un partido excelente, Griselda.

—Sí, papá. Y un hombre extraordinariamente atractivo, pero amó demasiado a su esposa, y a mí no me gusta ser la otra.

—Si lo conquistas —intervino *lady* Andrey—, la otra sería la muerta.

—Siempre temería ser yo la otra. No, no me agrada ese papel. Además, prefiero ser madre de mis hijos, no tener que hacer un papel falso con la hija de otra mujer.

—No obstante —dijo Gerald Billmon, con cautela—, dijiste que era un hombre atractivo.

—Y lo es. Todas las chicas casaderas que le conocen, y en Glasgow lo conoce todo el mundo, le ama y desea cazarlo para marido.

—Tú, pues, no serás una excepción.

—Lo veremos. Tengo otros pretendientes que me interesan.

—No obstante, ninguno es como Rex.

—Si he de decir verdad, prefiero que Rex siga amando el recuerdo de su mujer. No me gustaría enfrentarme con un pasado así.

—Griselda —apuntó su padre, suavemente—, no somos seres miserables, pero dado nuestro nombre y nuestro tren de vida, preferiría que hicieras una buena boda. Y Rex posee una fortuna tan colosal, que merecería la pena correr el riesgo de ser la otra.

Griselda no respondió. Sabía lo que su padre decía. Ella también lo deseaba, aunque pareciera lo contrario, pero... consideraba a Rex plaza tan inalcanzable como escalar una montaña, ella que no sabía nada de alpinismo.

\* \* \*

Alfredo Kidder, fabricante de tejidos, ancho y bajo, encendió un habano y expelió el humo con placer.

—No te extasíes tanto con el habano, Alfred —refunfuñó la esposa—, y mueve las fichas.

—Calma, Dolly. Esto no es un juego de niños —palmeó su cráneo—, es de seres inteligentes.

—Pues aguza esa inteligencia y juega de una vez. Como quiera que sea, te como la reina.

El caballero se echó a reír campechanamente.

—¿Y Martina? —preguntó, de pronto.

—No ha bajado aún. Mueve, Alfred.

—Diantre, qué pesada te pones. Ahí va. ¿Qué te parece?

—Buena jugada.

—Oye, Dolly. ¿No sabes nada de lo de Rex?

—¡Bah! —desdeñó la esposa—. Todas las chicas de nuestra sociedad piensan cazarlo. Lo veo difícil.

—El caso es que lo cace Martina.

—¡Hum!

—¿No mueves tú?

—Lo estoy pensando.

—¿Lo ves? —y tras rápida transición, añadió—: Yo no vi en Palma nada excepcional para que Rex le guarde luto eterno.

—Solo hace un año que murió.

—Es verdad. Pero, según se cuenta por ahí, conserva la habitación de su esposa como el día que murió. Las doncellas entran, limpian el polvo y tienen que dejar todo como estaba.

—Manías.

—Sí, pero entretanto no se deja cazar otra vez.

—Palma era una gran chica.

—No muy bella —admitió el esposo—, pero llena de virtudes, según creo. ¿Te acuerdas qué fiestas daban?

—¿No voy a acordarme?

—Y ya ves, ella no poseía una libra. Procedía de Escocia y su padre era un alto empleado de los astilleros. Quién iba a decir que se casaría con ella. Aún recuerdo cuando paseaban cogidos del brazo. Yo me decía: «Nunca se casará contigo». Diantre, y me engañé.

—Rex Wimbarne no es interesado. Has de saber que ninguno lo fue, pues su padre se casó con la institutriz de sus hermanos.

—¿*Lady Florence* no fue una dama distinguida?

—Claro que no. Fue una mujer muy bella. Pero nada más. No aportó al matrimonio más que su belleza y su humildad.

—¡Ah! ¡Ah!

En aquel instante, llegó Martina al salón.

—Voy a salir, papás —dijo.

Era una joven muy bonita, de brillante mirada y cuerpo escultural.

—¿Adónde vas? —preguntó la madre.

—Al club. Me espera la pandilla.

—Procura —rio el caballero, quitándose el habano de la boca— pescar a Rex.

—Ya, ya... Ese es perro viejo, y aún está enamorado de su mujer.

## II

**E**ra alto y delgado. Muy elegante, con porte de muy señor. Tenía los ojos color castaño claro y el cabello muy negro, grandes entradas y una frente despejada y pensadora.

Hablaba poco. Su mirada era seria y su continente frío, y, no obstante, en vida de su esposa, había sido un hombre apasionado y locuaz.

En aquel instante, vestido simplemente de negro, resaltando la blancura de su camisa bajo el traje de luto y la tez morena, resultaba un hombre muy atractivo. Entró en la salita, fue directamente al lado de su madre, la besó en la frente y se sentó frente a ella.

—Buenas tardes, mamá.

—¿Has venido directamente de los astilleros?

—Sí.

Encendió un cigarrillo, se recostó en la butaca y cruzó una pierna sobre otra.

—Rex, ¿por qué no haces un viaje?

Él pareció extrañarse.

—¿Un viaje? —titubeó—. ¿Para qué?

—Estimo que necesitas cambiar de ambiente.

—¿Por...?

—Llevas sobre ti demasiados recuerdos.

—Que irán conmigo adonde quiera que vaya. —Y sin transición, preguntó—: ¿Cómo está la niña?

—Acabo de verla en el jardín. ¿No la has visto tú?

—He visto a la *nurse*, pero no quise detenerme.

—Se diría, Rex, que odias a tu propia hija.

El hombre —tendría unos treinta y tres años— arqueó una ceja y quedó de nuevo envarado. De súbito, alzó los ojos y los fijó en el anciano semblante lleno de arrugas.

—No la odio, mamá —dijo tan solo.

—Lo parece, hijo mío. Y debes tener en cuenta que es lo más bello para ti en esta vida, porque supone el recuerdo vivo de una mujer a quien has querido más que a tu propia vida.

Rex se puso en pie y se dirigió a la ventana. Pegó la frente al cristal y quedó estático y mudo. Veía a su hija en el cochecito, bajo la sombra del árbol, y a su niñera, que calcetaba a su lado.

Se apartó con presteza. De nuevo se sentó frente a su madre. Esta murmuró:

—Rex, te atormentas tanto...

Rex pasó los dedos abiertos por la frente y al bajarlos los crispó.

—No puedo... —dijo sordamente—, no puedo evitarlo. Es algo... que puede más que mi voluntad.

—Tienes que buscar otra mujer.

Fue como si lo hirieran. Con voz ronca, muy baja, pero contenida, dijo:

—Jamás hallaré otra mujer como Palma, y tú lo sabes.

—El hombre tiene el deber de sobreponerse a sus penas. Tú eres un hombre razonador, de mucha personalidad. Dejarte vencer así por un dolor es extraño y más doloroso para mí, que te conozco y sé lo mucho que doblegas tus sentimientos.

—Prefiero... Prefiero no hablar de eso.

—Es que yo sufro también, Rex, pues observo que acabarás contigo. No debes avivar todos los días tus recuerdos, esos recuerdos que son tu propia vida, que suponen un tormento y una renuncia cada día.

—No..., no puedo evitarlo.

—Si te encariñaras con otra mujer...

Volvió a ponerse en pie. Y esta vez no se dirigió al balcón. Se recostó en la chimenea y contempló obstinado los leños que ardían y saltaban brillantes olvidar a Palma. Debes saberlo, mamá.

De pronto se apartó de la chimenea y se inclinó sobre ella, asió las tenazas y con rabia revolvió los leños.

—Hasta esto —susurró— me recuerda a Palma. Las chispas volaban sobre su cabeza rubia y ponían en su pelo como cintas de fuegos que semejaban una aureola...

—Rex...

Este no respondió. Tiró las tenazas, se dirigió a la puerta y salió sin volver la cabeza.

\* \* \*

Le gustaba hablar de ella. Cuando hablaba de Palma le parecía que esta se hallaba de viaje y regresaría en un momento cualquiera.

Por eso, a la salida de los astilleros, pasaba por la escuela.

Lula Hill le sonreía siempre con suavidad, como si le ayudara a llevar su pena.

—Buenas tardes, Lula —saludaba siempre.

Y ella respondía con una tenue sonrisa y un: «Buenas tardes, *sir* Wimbarne».

Rex se sentaba en un pupitre, como un niño que va a dar su lección de Historia. Encendía un cigarrillo y fumaba despacio, mientras Lula recogía los cuadernos de los niños para su corrección.

Él nunca la interrumpía, y Lula, una vez terminaba, se sentaba frente a él, aceptaba el cigarrillo que Rex le ofrecía y ambos fumaban en silencio. Otras empezaba a añorar, y Lula le ayudaba.

Después, juntos salían de la escuela y se despedían frente al palacio donde vivía Rex con su madre y su hijita, Cuando llovía, él la llevaba en su coche hasta el apartamento que Lula ocupaba con su tía Carolina Hill, hermana que fue de su padre, y que vivió con ellas desde que enviudó.

Y cuando Lula llegaba a casa y depositaba la cartera de piel sobre la mesa de su pequeño y fino despacho, tía Carolina se le acercaba y le decía casi siempre:

—No le pasa, Lula.

No preguntaba, no nombraba a nadie. Lula comprendía y decía con pesar:

—A medida que pasa el tiempo, la recuerda más.



—Es tremendo.

—Sí que lo es.

Aquella tarde, Lula llegó antes al apartamento que habitaba con su tía.

—Qué milagros —exclamó—. ¿Has venido sola? Está lloviendo.

—Rex no fue.

—Se celebra un baile en casa de los Kidder. Tal vez Martina Kidder lo ocupe esta noche.

—Suponiendo que vaya —susurró Lula.

—Será uno de los primeros invitados.

—También uno de los primeros que se disculpan.

—No va a estar así toda la vida.

—Al paso que lleva, lo estará. Es una pena que no desaparecerá nunca. Es como si al morir Palma, le arrancaran lo mejor de su vida. Y así fue, en realidad.

—Tú has conocido a Palma como nadie. ¿Merecía tanta veneración?

Lula alzóse de hombros.

—Era mi mejor amiga, mi única amiga, diría mejor.

—¿Y bien?

Se alzó de hombros nuevamente.

—Tía Carol, ya hablamos de esto muchas veces, ¿no? Me cansa ese tema.

—Nunca me dijiste si era buena o mala, o veleidosa.

—Para mí fue muy buena. Gracias a ella pude entrar en los astilleros de maestra para los niños de los obreros. Gano un sueldo y con tu retiro de viuda de un general vivimos espléndidamente.

—Siempre te vas en evasivas, Lula.

La miró con fijeza y de pronto se echó a reír.

—Me consideras una muchacha perfecta, ¿verdad, tía Carol?

—Lo eres.

—De acuerdo. Lo soy para ti, pero no soy en realidad nada perfecta. Para Rex Wimbarne, Palma era también perfecta. ¿Cómo quieres encontrar defectos en la persona que amas? Si los encuentras es que no amas.

—Yo juzgo desapasionadamente.

—Por supuesto —se burló— que juzgas así, y a mí me encuentras llena de virtudes. Y no soy virtuosa, tía Carol. Soy una pecadora como la

generalidad.

—Nos apartamos de la cuestión.

Lula se impacientó.

—¿Es que aún no has comprendido que prefiero soslayar ese tema?

—¿Conmigo...?

—Y con todos —dijo enérgicamente, y después con acento risueño—. Hemos de comer, tía Carol. Tengo que salir un momento a hacer unas compras.

—¡Cómo eres, querida!

—Perdóname.

La dama sonrió y le palmeó la mejilla. Y como si la reprendiera, susurró:

—Eres demasiado cruel. Y después no quieres que vea montones de virtudes en tu persona.

\* \* \*

Era una muchacha no muy alta, de esbelto talle. Tenía los ojos entre grises o verdes y el cabello color castaño claro. No era una belleza, pero sí muy atractiva y gustaba a los chicos, y si no que se lo preguntaran a Edward Pagett, hijo de una familia opulenta, que se encontraba con Lula todos, los días sin que esta le hiciera ningún caso.

Lula era una muchacha honrada, cabal, muy apasionada, aunque sabía doblegar calladamente sus pasiones, y no estaba dispuesta a engañar a nadie. Ella, si se casaba algún día, no sería por mejorar su posición social, sino por llenar su corazón de ternura, y Lula era una mujer que cuando le llegara la hora de amar, amaría con todas sus fuerzas, con todas las ansias de su corazón, y tenía mucho corazón.

En aquel instante se hallaba sola en su alcoba. Vestía un pijama rosa y una bata blanca y estaba descalza. Tenía un cofre en las manos y una llavecita de oro colgaba del cuello. Con el cofre en las manos fue retrocediendo hasta su cama y se dejó caer en el borde. Abrió con la llave que le colgaba del cuello y suspiró.

Hacía años que no abría aquel cofre. Dos por lo menos. Nunca se atrevió. Tenía miedo a su propia pena. Pero aquella noche, la tía, con sus preguntas indiscretas, la había hecho recordar cosas pasadas.

Había cuatro cartas en el fondo del cofre, una fotografía y un anillo. Sonrió con amargura. «A veces —pensó— los hombres son idiotas y crueles. O crueles de tan idiotas. O idiotas de tan crueles».

Pensó en sí misma antes de desplegar la primera carta.

Había sido hija de un alto empleado de los astilleros. Conoció a Palma cuando ambas se educaban en un colegio caro de Londres.

Ella estudió Magisterio. Palma se educó, tan solo. Rex la conoció cuando ella, Palma, fue a pasar un verano a su casa. Al año estaban casados. Aquellas cartas fueron escritas por Palma, cuando ella, al llegar el invierno, regresó al colegio a finalizar sus estudios.

La segunda carta durante su luna de miel. La tercera, cuando supo que iba a tener un hijo. Fue entonces cuando le envió el anillo y la foto. La cuarta, poco tiempo antes de dar a luz. Bajo aquellas cartas había un telegrama. Era de su tía participándole el fallecimiento de su padre. Ella regresó y Palma convenció a su marido para que edificara escuelas destinadas a los hijos de los obreros. Rex, que la amaba con locura, accedió. Así empezó ella a trabajar, a ganarse la vida.

Cuando Palma falleció, quedó desolada.

Suspiró. Desplegó la primera carta...

### III

«**Q**uerida Lula: Tengo que olvidar a Fred, y no sé si podré lograrlo. Lo recuerdo como el primer día. Dile tú, que lo verás a tu regreso a la pensión, que no me busque. Que si me ama, que me olvide. Tengo que casarme con Rex. Tiene demasiado dinero...

»Lula, estoy medio loca. Voy a casarme con Rex y amo apasionadamente a Fred. Díselo así. Fred comprenderá: Es esta una oportunidad que se me brinda y a cuya tentación no puedo escapar. Recibí tu carta. Comprendo todo cuanto en ella me dices, pero no puedo obedecerte. Deseo ser una mujer importante. Tengo que serlo, y con Fred no lo sería jamás. Es preciso que Fred lo comprenda así. Rex me ama tanto, que a su lado fingir amor es cosa fácil. Estos hombres que se apasionan así son fáciles de manejar. Además, es tan ciego, me refiero a Rex, que aunque le dijera que no le amaba, no me creería. Pero no se lo digo, pierde cuidado. ¿Recuerdas que yo siempre me llevaba el diploma de interpretación en las escenas de las obras que organizábamos en el colegio? Soy una excelente actriz. Por esa parte no hay peligro.

»Un abrazo de tu amiga que jamás te olvida.

»*Palma*».

Lula la plegó con rabia y la hundió en el cofre nuevamente. Tomó la otra y la desplegó con rapidez. Se diría que deseaba releer su contenido y al

mismo tiempo le repugnaba.

Estaba fechada en Londres y decía lo siguiente:

«Ya me he casado, querida Lula. Díselo a Fred. Dile que un día tal vez me divorcie y vaya a su lado cargada de dinero y entonces seremos felices. Muy felices. Como jamás podré serlo con este hombre que me agobia con su amor.

»Cada día que transcurre me admiro más a mí misma. No odio a Rex. Le tengo piedad. Él, que se considera tan fuerte, tan seguro de sí mismo, tan alto y considerado... Es de risa, ¿no te parece? Es absurdo que un hombre de esta talla y esta personalidad aplastante rehuya la mirada, un beso y Una frase... No sabe que las miradas la obliga la voluntad, que los besos son engañosos, que las frases se pronuncian sin pensar... o pensando, pero que jamás podré, nunca, olvidar que amo a otro hombre. Pero para desgracia mía, lo recuerdo a cada instante.

»Te abraza tu amiga.

*»Palma».*

Lula apretó los labios y cogió la tercera carta como si le quemara los dedos.

«Voy a tener un hijo, querida Lula. Me he convertido en la mujer del día. Soy la primera dama de Glasgow. Lo que yo deseaba. Lo tengo todo a mis pies, incluso al crédulo de Rex. Y ahora voy a darle un hijo. Un hijo que no me estremece en absoluto, porque debido a él deformaré mi cuerpo, perderé la línea y no podré lucir mis modelos y mis zapatos. Cada día que pasa amo más a Fred. Dile que me perdone. Que me espere. Un día tendré que dejar esta vida. Me cansaré, estoy segura. Y me iré lejos, buscaré a Fred y empezaré a Vivir la verdad de mi vida... Me extraña no recibir carta tuya... ¿Es que no recibiste la mía anterior? ¿Por qué estás tan callada?

»Te abraza tu amiga.

»Palma».

Después, había recibido el telegrama de su tía participándole el fallecimiento de su padre. Ella acudió a Glasgow. Había finalizado sus estudios y Palma la ayudó a conseguir un empleo.

La cuarta carta la recibió cuando se vio precisada a hacer un viaje a Edimburgo, con motivo de una reunión de maestras.

La cuarta carta decía así:

«Querida Lula: Te fuiste tú, y me parece que el mundo de Glasgow no existe. Te fuiste la semana pasada, y cuando me pongo a pensar en ti, siento la sensación de que no voy a verte de nuevo. Es absurdo, ¿verdad?

»Se aproxima la llegada al mundo de mi hijo, y, cosa extraña, querida amiga, no siento satisfacción alguna. A veces pienso que lo odio tanto como he llegado a odiar a Rex...

»Perdona, Lula, me has aconsejado tanto, me has reñido y afeaste mis sentimientos. Me dijiste que Rex era un hombre digno de ser amado, aunque solo fuera por el mucho cariño que me tenía. Sí, lo comprendo, pero... yo solo miré mi ambición material; ha sido satisfecha, pero mi anhelo, espiritual continúa al lado de Fred...

»Quiero hablarte de Fred, Lula, tal vez lo encuentres algún día en tu camino. Lo encontrarás, porque Fred te buscará para saber de mí. Fred no puede olvidarme. Dile, Lula, que vivo obsesionada, que lo tengo todo y que es como si no tuviera nada, porque sin su amor no concibo la vida. Dile... Dile que si me muero y se puede continuar amando en la otra vida, yo le amaré allí, y allí lo esperaré. Dile también que he vivido en un engaño desde que me separé de él. Que soy una elegante embustera, que hice de mi propia vida una parodia absurda. Dile... Bueno, dale a leer la carta y él comprenderá lo que aún significa para mí.

»Pero quiero, Lula, y no me llames ruin, que si me muero, mi sombra quede junto a Rex. Quiero que me lllore de tal modo que jamás pueda llenar el vacío de su corazón otra mujer.

»Lula, ven a mi lado cuanto antes. Te necesito. Jamás ansié tanto la compañía de una persona amiga, ante la cual no me veo obligada a fingir. Déjalo todo, Lula, y ven a mi lado. Jamás te necesité tanto.

»Te besa,

»*Palma*

Lentamente, Lula, dobló el último pliego, lo guardó en el cofre, lo cerró con llave y lo metió en el cajón de la mesa.

Después, muy despacio, regresó a la cama, se quitó la bata y se tendió en el lecho con las manos bajo la nuca.

Cuando una semana después se clausuró la reunión de maestros, ella regresó a Glasgow. Palma ya había sido enterrada. En la cunita de encajes quedaba una niña menudita, rubia, llorosa...

Lula apagó la luz, y en la oscuridad, su boca se crispó en una tenue sonrisa.

Palma había decidido que su esposo la llorara como la mujer insustituible, y lo había conseguido.

Se durmió. No quiso pensar en nada determinado. No tenía derecho a perturbar su propia paz sintiendo remordimiento por su amiga.

Ella nunca fue responsable de lo que hizo Palma. ¿Qué tenía el deber de decir la verdad? No, tampoco. Aquel hombre la buscaba para hablar de Palma. Le escuchaba. Eso era todo.

Se levantó temprano.

Tía Carolina le tenía el desayuno preparado.

—Buenos días, tía.

—Buenos días, niña. ¿Sabes que está lloviendo? —y con pena—: Si yo fuera rica, te compraría un auto para que fueras de aquí a la escuela y no te verías precisada a coger el autobús.

—Si tú fueras rica —rio Lula alegremente—, yo no sería maestra de escuela.

—Es verdad.

Tomó el desayuno en un santiamén y se puso en pie. La dama la delineaba con los ojos.

—Un día —dijo cariñosamente— te vas por el cuello de la blusa.

—Me agrada guardar la línea.

—No eres muy alta, y delgada parece más frágil.

—Hasta la hora de comer, tía Carol. Y no te preocupes por mi delgadez.

La besó en la mejilla y salió presurosa poniéndose el impermeable.

\* \* \*

Nada más abandonar el portal, un auto se detuvo frente a ella.

—Buenos días. Lula. Sube. Te llevo hasta la escuela.

—Pero, Edward. ¿Por qué te molestas?

—Porque me gustas.

—¿Y si no subiera a tu lado?

—Tendrás que hacerlo. Llueve demasiado.

Subió a su lado, y Edward puso el auto en marcha. Era un hombre joven y agradable. Tendría treinta años. Era rubio y tenía ojos azules muy juveniles. Siempre estaba alegre. ¡Dichoso él! Pertenecía a una familia opulenta, vivía de sus rentas, y hacía algo en las oficinas de su padre, destinadas a negocios de hierros.

El auto se puso en marcha y Edward, campanudo, propuso:

—Esta tarde me invitaron a una fiesta. Deseo que me acompañes.

—No lo haré.

—Oye, Lula, nos conocemos desde niños. Mi padre era amigo del tuyo. ¿Vamos a estar haciendo tonterías el resto de nuestra vida?

—No se trata de eso.

—Se trata —atajó— de que yo no te hago ninguna proposición vergonzosa. Deseo que seas mi novia y luego mi esposa, y más tarde la madre de mis hijos.



—Pero yo no te amo.

—Diantre, no pensarás que el amor es un milagro.

—Lo considero así.

—Eres una novelera.

—Nunca leo novelas.

—¿Qué lees? Dicen que por la lectura se conoce el temperamento de las gentes.

—Leo libros de filosofía.

—Pues no te considero una empollona.

—Me gusta ahondar en las vulgares facetas de la vida.

—Nos apartamos de la cuestión, Lula —dijo, de pronto, gravemente—. Tú sabes que yo no soy un hombre galante, que busca el contacto sensual de las chicas para evidenciar su masculinidad. Soy hombre formado y deseo mi propio hogar. Has de saber que en mi familia todos se casaron jóvenes. Yo soy el más viejo y deseo formar hogar y tener una esposa que me ame.

—Por eso mismo, Ed. Yo no te amo.

—¿Así? ¿Tan rotundamente?

—Por ahora, sí.

—Voy a hacer una sugerencia. Regresemos juntos a todas horas. Te habituarás a mí y nacerá en ti el amor.

—Prefiero que nos veamos por casualidad.

—Hoy no fue casualidad —gritó Edward—. Vine a buscarte para que no te mojaras.

El auto se detenía ante la escuela y Lula miró complacida a su amigo y, sonriendo, dijo:

—Ven a buscarme esta tarde. Iré contigo a esa fiesta. Pero te prohíbo que me hables de amor.

—Espero poder complacerte. Hasta la tarde, bonita.

—Hasta la tarde, loco.

## IV

**R**ecogía los cuadernos de los pupitres cuando Rex se recostó en el umbral de la puerta, sacudiendo el agua que salpicaba su sombrero y su impermeable.

—Qué día más desagradable —gruñó—. Buenas tardes, Lula.

—No se quede en la puerta, *sir* Wimbarne; Se mojaría más.

—Ciertamente —y cerrando tras sí, añadió malhumorado al tiempo de depositar sobre el pupitre el sombrero y el impermeable—: Detesto el invierno.

Lula no respondió. Disimuladamente, consultó el reloj. Edward había quedado en recogerla a las seis y media y eran las cinco y cuarto. Tenía, pues, tiempo suficiente para hablar un rato con Rex y luego tomar el autobús de las seis menos cuarto, en el cual iría a su casa a vestirse.

Rex, ajeno a los pensamientos de la joven, se sentó a medias sobre el tablero del pupitre y exclamó de pronto:

—Lula, me siento cada día más menguado.

—Hay que sobreponerse, señor.

—He tratado de conseguirlo un día y otro —pasó los dedos por la frente y quedó un rato ensimismado—. Es difícil. Uno tiene los recuerdos clavados en el corazón como espinas, y cada vez que uno se mueve, duelen las espinas.

Lula ya conocía las frases que cada día pronunciaba Rex. Siempre eran las mismas o, al menos, aunque no lo fueran, significaban igual. Sentía hacia él una honda piedad que no podía exteriorizar, porque no era Rex hombre que la admitiera.

Se limitaba a compartir con ella su propia nostalgia, lo cual ella consideraba muy lógico, dado que fue la amiga más íntima, la única tal vez,

de su esposa muerta.

—Creo, *sir* Wimbarne —se atrevió a decir—, que si realizara un largo viaje por el extranjero..., menguaría su pena.

Rex esbozó una tibia sonrisa que significaba amargura e incredulidad.

—Mi madre me habló de eso —apuntó con cierto desdén—. Yo puedo responder lo que dijo Horacio: «La negra preocupación monta a la grupa del jinete». No, Lula, no sería una solución para mí. En todas partes del mundo hallaría motivos para acordarme de ella. Durante nuestra luna de miel —apretó los labios— fuimos los seres más felices de la tierra. Usted la conocía, Lula; sabe, pues, que jamás existió mujer más sincera.

Lula apretó los cuadernos sobre el pecho y de pronto procedió a guardarlos en la carpeta de piel. Rex, pendiente de sus propios recuerdos, no reparó en el ademán de la joven y continuó con voz nostálgica:

—Fueron días que no olvidaré jamás. Palma no era una belleza. Yo la quería por su dulzura, por su sinceridad y su bondad, por su paciencia y comprensión.

Lula consultó el reloj.

—Señor, tengo que marcharme.

—¡Oh! —exclamó él prontamente—. Soy un egoísta. Permítame que le ofrezca mi coche. La llevaré a casa.

—No se moleste, señor. Tomaré el autobús aquí mismo.

—De ningún modo.

Enérgico, abrió la puerta y la invitaba a pasar. La muchacha lo hizo. Comprendió que nada podría hacer para alejarlo de sí, al menos mientras no la dejara a la puerta de su casa.

Subieron al auto, uno por cada lado, y el auto se puso en marcha. Rex conducía y sus dedos se crispaban en el volante.

De pronto, exclamó:

—Pasan los días, uno tras otro, y uno cree que al día siguiente dolerá menos, y es todo lo contrario. A medida que pasa el tiempo me siento más solo y desesperado.

—Tendrá que casarse de nuevo —dijo Lula suavemente— para que otra mujer llene el vacío de su alma.

—Jamás podré amar a otra mujer como amé a Palma. Era una mujer excepcional. ¿No es cierto, Lula?

—La carretera está llena de baches. Yo también detesto el invierno.

—Sí —susurró de nuevo, sin comprender el silencio de Lula—, una mujer excepcional. Nunca podré encontrar en mi vida otra mujer igual. —Y tras rápida transición, arguyó—: Ya hemos llegado.

—Gracias, señor.

—Ya sabe usted —sonrió brevemente— que es la única mujer que goza de mis simpatías.

—Es usted muy amable.

—Me da la sensación, cuando estoy junto a usted, de que algo de Palma está a mi lado.

—Buenas tardes, señor.

Bajó del auto. Rex la miró de nuevo y la despidió con un afectuoso movimiento de cabeza.

\* \* \*

Lula se vestía precipitadamente. Eran las seis y veinte, y Edward ya se hallaba en la calle, en el interior de su coche, haciendo sonar de vez en cuando la bocina.

—Dile que voy en seguida, tía Carol.

—Qué hombre más impaciente.

—Lo es mucho. Díselo, por favor.

Salió al balcón e hizo una seña a Edward, como advirtiéndole que Lula no tardaría en bajar. Regresó a la alcoba. Lula se pintaba los labios ante el espejo. Se quitó la cadena que tenía colgada al cuello y en su lugar se puso un collar. Jamás abandonaba aquella cadena con la llavecita del cofre, pero aquel día, por la prisa o por lo que fuera, se le olvidó y salió corriendo con el bolsillo y el abrigo al brazo. La dama no se fijó en la cadena, pero al regresar, para recoger los objetos que la joven había dejado esparcidos por el tocador, reparó en ella y la tomó entre los dedos. Arqueó una ceja. Hacía mucho tiempo que le intrigaba aquella llave. Sabía que pertenecía al cofrecito y más

de una vez se preguntó qué podía guardar Lula en aquel cofre, para llevar la llave consigo como si fuera un talismán.

Le dio varias vueltas entre los dedos y pensó que no era muy correcto intentar abrir el cofrecito y curiosear en su interior. No, no debía hacerlo. No tenía derecho a violar los secretos de su sobrina. Por tanto, ocultó la llavecita en el bolsillo y continuó recogiendo los objetos del tocador. Durante varios minutos se olvidó de la llavecita y el cofrecito. Pero cuando la alcoba estuvo de nuevo en orden, el gusanillo de la curiosidad la acució otra vez. ¿Y si lo abría? ¿Qué podía ocultar allí Lula con tanto celo? ¿Cartas de amor? Lula nunca estuvo enamorada, jamás tuvo novio. Lula era una muchacha muy espiritual. No podía, por tanto, ocultar pecado alguno.

Lo abriría. Y después se lo diría. O no; no se lo diría. Lula nunca sabría que ella había estado allí metiendo las narices.

Decidida, abrió el cajón, extrajo el cofre y lo abrió. Le temblaba un poco la mano cuando cogió las cuatro cartas y el telegrama. Desplegó este. Sonrió con ternura. Lula había adorado a su padre. Guardaba aquel telegrama como un patético relicario. ¿Y las cartas? ¿Perteneían también a su hermano?

Desplegó una. Empezó a leer. Se estremeció. Aquella carta era toda una revelación. Leyó la otra y después las otras dos. Miró en torno como asustada. El descubrimiento, por pertenecer a un ser ya muerto, la inquietaba más que la complacía.

Asustada de lo que sabía, guardó todo como estaba, cerró el cofre con mano temblorosa y metió la llave en el bolsillo.

Ahora se explicaba por qué Palma jamás le fue simpática muy al contrario, siempre le resultó repugnante aquella muchacha de grandes ojos inexpresivos y sonrisa que no llegaba a los ojos. Y Rex Wimbarne aún le guardaba luto. La amaba todavía después de muerta.

Sintió cierta rabia. Le gustaría que Rex Wimbarne conociera aquellas cartas que reflejaban los verdaderos sentimientos de su mujer. Sí, debía conocerlas. Bueno, pero a ella no le importaba nada de todo aquello. Ni a ella ni a Lula.

Se dirigió a la cocina diciéndose a media voz:

—He sido indiscreta. Soy poseedora de un secreto que pesa sobre mi conciencia. Lula me preguntará y yo tendré que decirle que no he visto la

llave.

Súbitamente, regresó a la alcoba y esparció los objetos del tocador por este, mezcló la llave entre ellos y, más tranquila, volvió a la cocina.

\* \* \*

A las nueve menos diez regresó Lula. Venía pálida, agitada, como si hubiera corrido mucho.

—¡Tía! —exclamó.

La dama, que no la había oído llegar, alzó los ojos y exclamó asustada:

—¿Qué te pasa? Por Dios, Lula, ¿qué pasa?

Inmediatamente la joven doblegó su ansiedad. Se dejó caer en una Silla y murmuró.

—He... he... —pasó los dedos por la frente. La dama notó que aquellos dedos temblaban— subido corriendo la escalera.

—¿Y por qué?

—Pues... me parecía que era tarde.

La tía lanzó una breve mirada al reloj.

—¡Si aún no son las nueve! Nunca regresaste tan temprano.

Lula se puso en pie y, sin responder, se dirigió a su cuarto. La dama se estremeció. Ya sabía por qué Lula había regresado tan pronto y por qué estaba tan pálida y agitada, pero se hizo la indiferente.

Esperó en la cocina preparando la cena y poniendo la mesa. Espiaba todos los ruidos procedentes de la alcoba de su sobrina.

La oyó abrir y cerrar cajones. Sin duda, ya tenía la llave en la mano y comprobaba si había tocado en el cofre. Esperó su regreso, pero Lula no reapareció en seguida.

Cuando lo hizo, ya vestía el pijama y la bata, y calzaba chinelas. Se sentó a la mesa sin decir palabra. Tía Carolina se sentó a su vez y comentó:

—Qué invierno más pesado, ¿eh? Sigue lloviendo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué tal lo has pasado?

—¡Bah!

—Edward es un buen muchacho. Pertenece a una de las mejores familias de Glasgow. Sería una boda excelente.

—Quizá.

—¿No te gusta?

—Sí.

—Pero no lo amas.

—No.

Respondía distraída. Tía Carolina se vio precisada a preguntar:

—¿Qué te ocurre?

—Nada, nada, por supuesto.

—Estás abstraída.

—Como siempre.

—No. Otras veces me cuentas todo lo que hablas con tus amigas.

—Es que me duele un poco la cabeza.

—¿Quieres un calmante?

—No, no. Me acostaré y dormiré toda la noche. Al menos eso espero.

Finalizó la cena. Lula, como todos los días, se puso en pie, la besó en la frente y se despidió hasta el día siguiente.

—Que descanses, querida, y si continúa doliéndote la cabeza, me llamas y te traigo un calmante.

—Gracias, tía Carolina.

—De nada, querida. Ya sabes que yo solo vivo para ti.

Lula se dirigió a la puerta, y la dama ya la creía lejos de la cocina, cuando oyó su voz. Miró. Lula estaba en el umbral de la puerta, con el pomo de esta asido entre los dedos.

—¿Has visto una llavecita?

—¿Una...? —se desconcertó.

—Sí, la he dejado sobre el tocador.

—No..., no sé. Tal vez la haya visto. No recuerdo. ¿La has perdido?

—No. La encontré. Pero te preguntó si las has visto tú.

—No creo. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Buenas noches, tía.

## V

**S**e hallaba en la compra cuando Lula se fue a la escalera. Pero al mediodía, cuando estaban juntas en el comedor, sentadas frente a frente, Lula, con semblante preocupado, insistió:

—Cuando yo salgo y dejo el tocador revuelto, tú lo arreglas.

—Sí, es cierto.

—Ayer no lo hiciste, tía.

La dama puso expresión inocente. No se dio cuenta hasta aquel instante, lo mucho que a Lula le interesaba aquel secreto oculto en el cofre. ¿Por ella? ¿Por la amiga muerta? ¿Por Rex? Por quienquiera que fuera, le interesaba que no lo conociera nadie, excepto ella.

—Perdona, querida. No siempre está una en todo.

—No lo digo por eso, tía Carol.

—¿No? Entonces, ¿por qué lo dices?

—Me parece, tía, que has visto la llavecita.

—Ya te he dicho...

—La has visto, la has cogido y has abierto el cofre.

—¡Lula!

La joven estaba tan pálida y ojerosa que la dama, echando toda discreción al diablo, gritó:

—¿Por qué te preocupaste tanto de esa maldita mentirosa que estará dando cabezadas en el infierno?

—¡Tía Carol!

Y Lula, con gran asombro de la tía, estalló en sollozos.

—Lula, hijita querida...



—Nunca —susurró Lula ahogadamente, bañada su cara por las lágrimas—, nunca debiste violar un secreto, tía Carol.

—Yo no sabía... No sabía que te interesaba tanto... Rex.

Lula se agitó en el asiento y alzó el rostro cubierto de lágrimas.

—No... —susurró, con voz ahogada—. No digas eso.

—No creo que seas tan absurda como para rechazar la memoria de una mujer que fue vil y ruin con un hombre que la amaba y que aún la ama.

—¡Cállate!

Carolina le puso una mano en la frente y susurró:

—Debiste obrar de otra manera, Lula. Tú ya sabrás que si no revelas el secreto, jamás dejarás de pensar en ella.

—Por eso mismo tú..., tú... no debiste jamás abrir aquel cofre. Debió ser sagrado para ti.

—Cálmate, Lula. Te juro que jamás revelaré el contenido de esas cartas.

La joven no respondió. Secó su llanto, se puso en pie e hizo intención de salir.

—Lula.

—Déjame, tía. Necesito... Necesito descansar un rato.

—Estás enamorada de él, ¿verdad?

—¡Cállate!

—Lo estuviste ya en vida de Palma. Empezaste a comprenderlo y después lo amaste.

Lula pidió en un alarido:

—¡Cállate! ¡Cállate, por lo que más quieras!

—Perdona.

Y la pobre tía también lloraba.

Lula, enternecida, olvidada de su propio dolor y desesperación, fue hacia ella y la apretó contra sí.

—Perdóname tú a mí, tía Carol. Estoy..., estoy...

—Yo sé cómo estás. No debieras estarlo. Debías restregarle esas cartas por las narices. Para que no te atormentase con recuerdos que tú conoces mejor que él.

—Cállate, tía. No sabes lo que dices.

—Va a compartir contigo sus penas —siguió la dama, amargamente—. Y nunca se dará cuenta de que tú...

—Por favor...

—De que tú le amas. Mientras siga mimando el recuerdo de la otra, tú serás una confidente de sus penas, pero jamás una mujer a quien se la puede amar y proteger.

Lula ya no pudo más y salió del comedor con la cabeza apretada entre las manos.

Había cesado de llover.

\* \* \*

Cuando ella salía de la escuela, Rex, a pie, envuelto en la gabardina oscura y el flexible calado hasta la frente, salía del patio de los astilleros y parecía dispuesto a dirigirse a pie hasta su casa.

—Buenas tardes, Lula —saludó amable.

La joven respondió con un simple movimiento de cabeza.

—Iremos juntos hasta mi casa —dijo él—. Después de tanta lluvia, preferí aguardar esta tregua e hice el camino a pie.

—¿Cómo está la niña?

—Muy bien. Pronto necesitará una profesora.

—Es pronto aún.

—Pasa el tiempo volando. —Y con amargura—: Pasa, sí, aunque yo no quiera.

—Es algo que nadie puede detener jamás.

—Y a veces uno quisiera que se detuviera. ¿Sabe lo que me ocurre desde que perdí a Palma? Por las noches me encierro en la alcoba que ella ocupaba, contigua a la mía, y me digo, cerrando los ojos: «Que todo haya sido mentira, y si fue cierto, que mis ojos no vean jamás la luz del día». Y pido con ansia que la noche eterna se haga en mí.

—Eso es egoísmo —dijo ella, trémula la voz—. Tiene usted mucho para quien vivir...

—¿Para mi hija? No lo crea. Posee en la vida tanto como pueda desear. Un día crecerá y amará a un hombre, como su madre me amó a mí, y se irá y se olvidará de su padre.

—O tal vez no.

—No me conformo con el cariño de mi hija, Lula.

—Y no obstante, no desea casarse de nuevo.

—No lo haré jamás. Para hacerlo tendría que hallar una mujer como Palma, y no existe.

En efecto, no existía tanta falsedad reunida en un ser humano, pero eso no lo sabía Rex Wimbarne...

Con leve temblor, susurró:

—Si se obsesiona así, en efecto, jamás la encontrará.

—Usted lo sabe como yo, Lula. Tiene que saberlo, porque la conocía. Me llamará usted pesado, pero es usted la única persona con quien puedo hablar de ella.

—No le llamo pesado.

—Lo soy. Yo mismo, al reflexionar en todo lo que le he dicho, me pregunto: «¿Lula por qué me aguanta?».

La joven esbozó una sonrisa sin responder. Él prosiguió:

—Sepa usted, Lula, que la tengo en gran aprecio. No solo por haber sido íntima amiga de Palma, sino porque me escucha con paciencia y me da un consuelo.

—No le consuelo en absoluto, señor. Usted llora hasta la muerte a su esposa. No existe consuelo para usted.

—¿Me considera Un fantástico?

—No eso precisamente. Le consideró un ser obsesionado.

—Lo cual quiere decir que para usted yo soy un pobre ser dominado por el dolor.

—No quise decir eso. Pero dicen que un amor borra otro amor.

—¿Usted se casaría con un hombre que perteneció a otra mujer y la llora sin consuelo?

—No —replicó, rotunda—. Yo me casaría con un hombre que perteneció a otra mujer, pero siempre que recordara a esa otra como a una muerta.

—Eso es. Y lo doloroso es que el hombre nunca podría considerar muerto ese ser que lleva vivo en su corazón.

—Ya llegamos a su casa, señor. Buenas noches.

—La vi ayer con Edward Pagett —dijo él, de pronto—. ¿Son ustedes novios?

—No.

—Ed es un buen chico.

—Una mujer no se casa con un hombre solo porque sea un buen chico.

—Es cierto —y con súbita curiosidad—: ¿Es usted muy exigente con el amor?

—Soy sincera y amaré con sinceridad, o no amaré.

—Como Palma. Por eso la admiro a usted, porque es como ella.

De pronto, Lula exclamó, sin poderse contener:

—No soy como ella. No lo seré jamás. Adiós, señor.

La miró hasta que desapareció en un recodo del sendero. Era una criatura aquella joven. Muy interesante al mismo tiempo, sí. Pero... ¿tan poca cosa se consideraba que ella misma reconocía que no se parecía en nada a su mujer muerta?

\* \* \*

—Buenas tardes, mamá.

—Pasa, hijo. Ya te vi llegar con la maestrita. Es muy bella, ¿verdad?

Rex alzó una ceja. La madre mostró su descontento. Indudablemente, jamás se había fijado en la belleza exterior de la maestrita.

—¿Bella? —repitió el eco de su madre, al tiempo de dejarse caer en un sillón—. Si he de decir verdad, te diré que nunca reparé en ello.

—Pues lo es. Y según mis informes, es de una limpidez de alma excepcional.

—Tampoco me fijé en eso. ¿Qué tal la niña?

—Ya se retiró a su aposento. Come muy bien. Se cría magníficamente.

—¿A quién se parece, mamá?

—Te reirás o te parecerá mal, pero lo cierto es que se parece a mí.

—Me parece bien.

—Tal vez desearas que se pareciera a Palma.

—Te equivocas —dijo bajo, con ronco acento—. Si se pareciera a su madre tendría que vivir constantemente contemplada, y sería demasiado martirio.

—Rex..., ¿no va siendo hora de que podamos cambiar esa alcoba?

—Jamás.

—Es avivar tus recuerdos.

—Por eso mismo.

—Es absurdo, Rex, que a tus años, y ya tienes treinta y tres, y te pases la vida entre objetos personales de una mujer que no verás jamás.

—Es mi gusto y mi recreo.

—Es tu martirio, Rex.

—Lo deseo así, mamá.

*Lady Florence* se mordió los labios. Con brusquedad, empujó una bandeja llena de cartas y dijo:

—Ahí tienes invitaciones para fiestas sociales.

Ni siquiera se molestó en mirarlas.

—No acudiré a ninguna. Dile a mi secretario que me disculpe.

—Y así eternamente.

—Así —exclamó, frío— mientras no mengüe mi pena y mi desesperación.

—Una pregunta, Rex, que siempre tuve deseos de hacerte.

—Hazla si ello te complace.

—¿Consideraste a Palma una mujer perfecta?

—La duda —objetó, fuerte— me ofende.

—Dichoso tú que nunca viste defectos en ella.

—No me dirás —exclamó él, un tanto violento— que los has visto tú.

—Yo no tenía por qué verlos. A decir verdad, apenas si la conocí. Pero una mujer que consagra toda su vida a su marido, no me parece perfecta. Hay muchas cosas en la vida interesantes para una mujer y ella las desconoció. Se diría que vivía exclusivamente para hacerte creer que te adoraba. Lo que yo me pregunto es si te adoraba en realidad.

—¡Mamá...!

—Perdona, hijo. Soy una anciana y no conozco mucho la vida. La vida de hoy, quiero decir. En otros tiempos la mujer compartía su cariño a su esposo con el prójimo. Palma vivía demasiado para ti. Y ello me hace pensar que, o bien no te amaba, o bien te engañaba.

Rex no respondió. Estaba pálido e indignado, y en evitación de una respuesta violenta, se puso en pie y salió sin decir palabra.

*Lady Florence* movió la cabeza con amargura.

## VI

Sandra Power lo encontró en plena calle. Él, Rex, hacía intención de seguir, pero Sandra lo detuvo con un saludo muy expresivo.

—Chico, no hay quien te vea el pelo.

—Hola, Sandra.

—Ayer te invitamos a una fiesta y recibimos una tarjeta de tu secretario muy expresiva, disculpándote.

—No estoy para fiestas.

—Oye, es que toda la vida no vas a estar de luto.

—Sandra —se violentó—, considero de mal gusto tu apreciación.

—¡Oh, pero qué quisquilloso eres! Antes no eras así. Eras un chico ideal.

—No me interesa ser ideal.

—Ya lo veo. ¿Me llevas a casa? No traje coche y veo el tuyo al otro lado de la calle.

Era un hombre cortés. Asintió con breve movimiento de cabeza y juntos atravesaron la calle. Rex puso el auto en marcha.

—Oye, Rex, oí decir que acompañas mucho a la maestra de tus escuelas.

—Es una amiga mía.

—Mira qué pronto te consuelas. Yo creí que no te ligarías tan pronto a una mujer.

La miró censor.

—Te dije una amiga, Sandra. No hagas caso de algo tan simple.

—Perdona, chico, pero por algo se empieza, ¿no?

—Con respecto a lo que tú piensas, todo está terminado antes de empezar.

—Qué esquivo.

—Ya llegamos a tu casa.

Lo miró coqueta.

—¿No me invitas a tomar un vermut? Antes lo hacías con frecuencia.

—Lo siento, Sandra. Pero tengo una cita.

—¿Con... la maestrita?

—Con mis abogados.

Sandra se echó a reír.

—Si es para hacer tu testamento —se burló—, recuérdame. Me gustaría tener fortuna propia.

—Adiós, Sandra.

—¿No irás esta noche a la fiesta del club?

—No.

—Todas te echaremos de menos.

La vio alejar y puso el auto en marcha. Siempre, cada día, tenía un encuentro con sus antiguas amigas.

A Sandra la encontraba cursi; a Jane, absurda; a Griselda, irónica y falsa; a Martina, presumida. Jamás se casaría con una de ellas, aunque en el supuesto de que con los años pudiera olvidar a Palma y decidirse a matrimoniar de nuevo. Con la única mujer que no se cansaría jamás era con Lula, porque había sido amiga íntima de su mujer y comprendía su pena y no enjuiciaba los recuerdos que experimentaba en voz alta.

Sentía que tuviera novio. Sí, lo sentía. Era algo que lastimaba su cerebro desde hacía unos días. Incluso llegó a pensar que no sería descabellada la idea de pedirle que fuera la madre de su hija. Claro que él no podría ser nunca un marido apasionado y normal. Él no olvidaría jamás a Palma, y no podría, aunque quisiera, besarla como había besado a Palma.

Sacudió la cabeza, desechando aquella loca y absurda idea.

Condujo el auto hasta los astilleros. Al pasar frente a la escuela vio a Lula que, desde una ventana, sacudía sus paños del polvo.

Se dirigió hacia allí.

\* \* \*

—Creí que ya se había ido —dijo, entrando.



—Lo haré en seguida. Pero antes tengo que sacudir un poco el polvo. Mañana es domingo y no me agrada llegar el lunes y encontrar esto sucio.

—Se envía a una mujer para la limpieza.

—No se preocupe, señor. Estoy acostumbrada a todo.

—Se estropeará las manos.

—En modo alguno.

Dobló los paños y los guardó en un cajón. Él la miraba de un modo diferente. Tenía razón su madre. Era muy bella. Y él estaba muy solo. Tal vez Lula se prestaría a acompañarle el resto de su vida... en las condiciones que él impusiera. Quizá no lo hiciera por él, pero lo haría por Palma. Esta había sido digna de todos los sacrificios por parte de los demás. Tal vez Lula estuviera dispuesta a sacrificarse por ella, como él mismo se sacrificaba.

Sí, un día, no sabía cuándo, se lo diría. Le diría: ¿Qué le diría? Sí, le diría: «Lula, yo no puedo amar a otra mujer, pero estoy muy solo. ¿Quiere usted compartir mi vida para recordar juntos a Palma?». ¿No sería un poco absurda su petición? Con Sandra o cualquiera de sus amigas, sí; con Lula no lo sería. Un día... se lo diría, sí.

—¿Qué piensa hacer mañana, Lula? —preguntó de pronto.

—Haré una excursión a la montaña.

—¿Sola?

Ella se echó a reír. Era grata su risa. Tenía unos dientes muy bellos y muy blancos, y unos labios gordezuelos, rojos, húmedos... Y unos ojos verdes o grises, según la expresión de su rostro...

—No, no. Con Edward.

La naturalidad con que ella lo dijo, le desagradó. No supo por qué, pero le molestó.

—Y después dice usted que no es su novia —apuntó secamente.

Lula lo miró, asombrada. ¿Por qué se molestaba? ¿No era lógico que ella fuera de excursión con su amigo? Tenía razón su tía. Lo amaba. Amaba a Rex como jamás sospechó que pudiera amar. Ya lo amó en vida de Palma. Pero entonces se dejaría cortar un dedo o toda la mano, antes que confesárselo a sí misma.

—No soy su novia —dijo, con voz clara y vibrante—, pero soy su amiga.

—También yo soy su amigo.

Arqueó una ceja.

—Se lo digo —insinuó él ante la muda interrogante— porque pensaba invitarla a dar un paseo en auto hasta la falda de la montaña.

—Lo siento, señor. Pero ya estoy comprometida.

—Que se divierta, pues.

Y se fue a paso ligero. Lula se mordió los labios. Cerró la escuela y atravesó el patio rápidamente hasta verse en la parada del autobús.

Fue entonces cuando vio que el auto de Rex se detenía frente a ella.

—Suba, Lula. No tengo nada que hacer y la llevo a casa.

—No se moleste.

—No es molestia, Lula. Suba, por favor.

Lo hizo y el auto atravesó la plaza.

Hubo un silencio que interrumpió él para decir de pronto:

—¿Está muy enamorada?

—¿Enamorada?

—De Ed.

—¡Ah!

—¿No lo está?

—No lo sé aún.

—¿No se analizó?

—No.

—¿Usted no se casaría sin amor?

—No.

—¿Nunca?

—Nunca.

—¿Bajo ningún concepto?

—Bajo ningún concepto. ¿Por qué me lo pregunta?

—No lo sé. Una pregunta adicional.

El auto se detuvo y Lula saltó al suelo.

—Hasta el lunes, señor.

—Hasta el lunes —replicó Rex, de un modo automático.

\* \* \*

Estaba inquieto, desasosegado, incluso nervioso. *Lady* Florence lo advirtió, pero no hizo en seguida pregunta alguna. Conocía a su hijo, sabía que al fin tendría que estallar por algún sitio.

Y en efecto. Después de pasear por la sala de parte a parte, se detuvo ante su madre y exclamó de pronto:

—No me explico qué atractivo puede tener Edward Pagett.

La dama alzó una ceja y, pensativa, permaneció callada, esperando que Rex continuara. ¿Edward Pagett era el causante del desasosiego de su hijo? Muy extraño. Ella misma le oyó a Rex hablar de Edward y jamás lo hizo negativamente; muy al contrario, lo hizo siempre de modo favorable.

Como Rex no continuara, cautelosamente, pues deseaba llegar al fondo de todo aquello, preguntó:

—¿Tienes algún negocio con él?

—Claro que no.

—Pues no me explico. Te oí decir muchas veces que Edward Pagett era un gran muchacho.

—No digo que no lo sea —gruñó, aún más nervioso—. Lo que no comprendo es por qué Lula sale con él e incluso se va de excursión a la montaña mañana domingo.

*Lady* Florence apenas si pudo contener una exclamación de asombro. La contuvo indudablemente, pero no pudo evitar que en su rostro se reflejara la perplejidad, si bien su hijo, enfrascado como estaba en sus propias reflexiones, no lo notó.

¿Lula? ¿Lula Hill era la llamada a desbancar la sombra que gravitaba sobre la Vida de su hijo? No era posible, y no obstante...

¿Cómo podía ser Rex tan ciego? ¿O se trataba solo de egoísmo? Lula suponía para él un desahogo. Había sido amiga de su esposa. Por tanto, era lo que se dice un recuerdo, recuerdo egoísta, puesto que no concebía que fuera amor lo que sentía por la maestrita.

—No te entiendo, Rex —dijo, doblegando su ansiedad.

—Yo me habitué a Lula. Fue amiga de Palma. Con ella puedo hablar de mi esposa. ¿No comprendes?

—Rex, me asombra tu egoísmo. ¿Crees que Lula te va a sacrificar su vida solo porque te agrada a ti?

—Pero ¿qué tiene ese hombre para que le agrade?

—Rex —se impacientó la dama—, ¿y qué atractivo tienes tú para una joven a quien solo sabes hablarle de otra?

—Lula sabe que yo pertenezco a mis recuerdos.

—Muy lógico y suficiente para ti, pero no para Lula, que es joven, tiene derecho a la vida y al amor, y deseará, como otra mujer de su edad y belleza, formar un hogar con un hombre que la ame y la comprenda.

—No te comprendo, mamá.

—Rex, hijo mío, el dolor te hizo despiadado.

—Sigo sin comprender tu modo de enjuiciarme.

—Algún día me comprenderás. Es muy tarde —se puso en pie— y me retiro ya. Piensa un poco, reflexiona, Rex, y dime después, si es que reflexionas con justicia, si, en efecto, una mujer como Lula tiene derecho, solo porque tú lo desees, a sacrificar su vida. Buenas noches, hijo.

—Fue amiga de Palma —exclamó Rex, apasionadamente—. En cierto modo, tiene un deber moral conmigo.

*Lady Florence* no respondió. Ella podía decir muchas cosas. Jamás amó a Palma. No sabía por qué, pero nunca pudo quererla como ella esperaba querer a una hija.

## VII

—Lula, ¿cuándo me vas a contestar?

—Ya te he contestado, Edward —replicó la joven suavemente.

Se despidieron en el portal después de una jornada juntos, como dos buenos camaradas. Edward había cumplido su palabra de soslayar el tema «amor» durante todo el día, si bien, en la despedida, le era preciso aclarar la situación. Él no era hombre que perdiera el tiempo en charlas sentimentales sin objetividad. Por el contrario, era decidido, vigoroso en sus decisiones, apasionado; no perdía el tiempo solo por entretener a una chica: Él amaba a aquella muchacha, la deseaba, le gustaba, para hacerla su mujer, y no estaba dispuesto a perder el tiempo en días contemplativos.

—Lula, es necesario —decidió de pronto— precisar nuestra situación.

—No te entiendo.

Edward se sentó en el umbral de la puerta y la miró fija y escrutadoramente.

—A veces —susurró de súbito— me da la sensación de que estás a mi lado, y, no obstante, tu pensamiento se halla muy lejos de mí. Me pregunto, Lula, ¿existe algo tangible que te separa de mí?

—En... absoluto.

—Entonces no te comprendo.

—Lo mejor, Ed, es que dejemos las cosas como están. Somos buenos amigos, ¿no? Me agrada tu amistad.

Edward esbozó una sardónica sonrisa.

—Por lo visto crees que soy un romántico novelero. Pues no, pequeña. Necesito que me contestes concretamente. ¿Te casarás conmigo?

—Decides las cosas demasiado pronto.

—Como deben decidirse. Mira, yo estimo que una mujer no necesita años, ni meses, ni siquiera días, para saber si un hombre le agrada.

—¡Oh, no, Ed! Tú no tienes paciencia para esperar, pero yo tampoco soy de las que deciden en un instante. Y, por supuesto, los sentimientos no se pueden decidir ni catalogar en una semana. No se trata de un negocio, Ed, ni de un contrato comercial. Es algo muy diferente.

—Por eso mismo.

—¿Y bien, Ed?

—Te doy una semana de plazo. Vendré a buscarte todos los días. Si al cabo de una semana no me has contestado afirmativamente, lo dejaremos.

—Eres un extremista.

—Te gusta mi compañía —se impacientó Edward—, te ríes a mi lado, tus ojos melancólicos se iluminan, pasas las horas sin sentir, y, no obstante, no has pensado aún en que podía ser tu marido.

—Es algo muy serio, Ed. Muy serio y trascendental.

—Mira, niña, tú y yo nos conocemos bastante. Tú ya sabes que te amo, que te admiro, que me gustas. Sería del género tonto que creyeras que una vez casado iba a tiranizarte.

—No es eso, Edward.

—Nuestros caracteres coinciden —prosiguió Edward, haciendo caso omiso de la interrupción—. Se acopla nuestro temperamento.

—No es eso, Edward —replicó.

Edward la asió por una muñeca y exclamó:

—¿Qué es, pues? Di, ¿qué diablos es? ¿Estás enamorada de otro, Lula?

—No..., no digas eso —y con un suspiro imperceptible—: Suelta mi mano. Me haces daño.

La soltó y giró en redondo. De espaldas a ella, susurró:

—Perdóname.

—No quiero que te enfades, Ed.

La miró de nuevo. Esta vez con ansiedad.

—Lula, soy un hombre humorista, me río de mí mismo si el caso llega, pero... mis sentimientos hacia ti son firmes..., verdaderos. Lo comprendes, ¿no?

—Lo comprendo, Edward.

—Pues piensa en ello. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Y muy lentamente empezó a subir las escaleras, y Edward salió a la calle, subió al auto y lo puso en marcha.

## VIII

**N**i siquiera dio las buenas noches. Se dejó caer en una silla junto a la mesa de la cocina y quedó ensimismada.

—No parece que te hayas divertido mucho —exclamó la tía.

—¡Bah!

—¿Te has aburrido?

—No.

—Lo parece, criatura. ¿Te sirvo la cena?

—No tengo apetito...

—Caray, Lula, se diría que te propinaron una paliza.

—No me la han propinado.

—Edward es un buen chico.

—Sí.

—¿No puedo saber lo que te ocurre, Lula?

—Si no lo sé yo, tía Carol.

—Estás demasiado enamorada de ese hombre.

Lula se irguió como si la pincharan.

—¿Qué dices? ¿Qué dices, tía Carol?

La dama pensó que Lula estaba demasiado inquieta aquella noche para inquietarla aún más. Sonrió tibiamente, y susurró:

—No te casarás nunca con Edward. Y todo... por ese hombre.

—No quiero que digas eso.

—Debo abrirte los ojos.

—Los tengo demasiado abiertos.

—Lula...

—No tengo apetito, tía. Me retiro ya.



—Espera, querida. Permíteme que comparta contigo las inquietudes que te agitan.

—No me agita nada en absoluto.

—¿Estás segura?

—Tía... —casi gimió—, déjame sola. —Pasó los dedos por la frente—. Necesito descansar.

—Eso es. Y mañana volverás a verle. Y te dará conversación. Te hablará de esa bruja que estará ardiendo en los infiernos...

—¡Tía Carolina!

—Y tú te callarás. Y consentirás que la ponga delante de ti por las nubes.

—¡Tía Carolina!

—Y tal vez aún le digas que sí, que era buena, que lo amaba con locura...

—No quiero oírte. Te prohíbo...

Salió corriendo y se encerró en su alcoba. La dama enjugó una lágrima. Si ella tuviera valor... ¡Si lo tuviera! Pero no lo tenía, porque amaba demasiado a Lula y sabía lo que para esta significaría que ella violara su secreto. Pero un día, un día, cuando no pudiera más, cuando el sufrimiento de Lula fuera superior a su paciencia...

Casi sin darse cuenta fue tras ella y empujó la puerta, que abrió sin esfuerzo.

Lula se hallaba sobre el lecho silenciosa, inmóvil, con la cara entre las manos.

—Lula... —susurró, yendo hacia ella y sentándose en el borde de la cama, pasando su mano temblorosa por los cabellos leonados de la joven.

—Lula, hijita...

—Déjame.

—Te lo digo porque es superior a mis fuerzas verte sufrir.

—¡Cállate, tía! Vete a la cama. Olvídate de lo que has dicho.

—Edward te haría olvidar.

—Puede que sí —susurró—. Pero no me expondré a eso.

—Una mujer se obsesiona y un día se da cuenta de que fue una estúpida poniendo su esperanza en un hombre que no la ama.

Lula no respondió.

—Edward es un gran chico. A su lado...

—No.

—Puede que sea tu destino, hijita.

—No sé aún cuál será mi destino.

—Dicen que a Dios hay que ayudarle.

—No haría de Edward un desgraciado. Nunca lo engañaría.

—Ya sé que nunca serías como ella...

—Está muerta —susurró ahogadamente—. Cállate. Déjala descansar.

La dama la besó en el pelo y se incorporó.

—Ya la dejo descansar —decidió—. Pero no creo que su conciencia la deje. No creo que Dios la haya recibido en su seno. Acuéstate, hijita, y descansa si puedes. Mañana será otro día.

\* \* \*

Ya era otro día, sí. Pasaban así los días. Uno tras otro, con una monotonía exasperante.

Se hallaba en la escuela. Terminada la clase, como todos los días, recogía los cuadernos de los pupitres y los seleccionaba.

Vio su sombra a través de los cristales de la puerta. No llovía. Un sol vespertino, pálido, invernal, penetraba tímidamente en la escuela y formaba pálidos arabescos sobre la mesa tras la cual se sentaba Lula en aquel instante, con un lápiz en ristre, dispuesta a corregir los cuadernos de sus alumnos.

—Buenos días —saludó Rex, empujando la puerta.

—Buenos días, señor.

—¿Mucho trabajo?

—Termino ya.

—No quisiera interrumpirla, Lula.

Siempre la interrumpía. No se explicaba por qué aquella mañana sentía escrúpulo.

Tibiamente, dijo:

—No me interrumpes.

Él avanzó y se sentó a medias en un pupitre, de cara a ella. Encendió un cigarrillo y balanceó un pie rítmicamente.

—¿Qué tal lo pasó ayer?

—Muy bien, señor. Gracias.

—Edward es un muchacho excelente.

—Sí.

—Y alegre.

—Sí.

—¿Han ido muy lejos?

—Al lago.

—No se bañarían, ¿eh? —Hizo una mueca que quería ser sonrisa.

Ella hizo un gesto, como diciendo: «Ni pensarlo». Pero al mismo tiempo pensó en años anteriores, cuando Rex aún no había conocido a su amiga. Era un hombre elegante y al mismo tiempo sonriente y optimista. Todas las chicas casaderas de Glasgow suspiraban por él. Rex era un hombre escurridizo. Vivía para sus negocios, y cuando no, para pasarlo bien, sin pensar en ligarse para toda la vida. Sabía gastar y seguir una broma. Era lo que se dice un hombre sociable y atractivo.

Y desde la muerte de Palma, su boca jamás volvió a sonreír, excepto con aquella mueca amarga, de dolor y desencanto.

—Seguramente se casarán ustedes —dijo él de pronto, interrumpiendo sus pensamientos.

—No lo he pensado.

—¡Ah! —pareció extrañarse—. Pero ¿no son novios?

—No.

—Tal vez Edward no encaje en su temperamento.

—No lo sé, señor —replicó, indiferente—. Nunca lo he pensado. —Se puso en pie, consultando el reloj.

—Es muy tarde.

—Siento interrumpirla.

—Es que por la tarde abriré una hora antes.

—¿Una hora antes?

—Para salir una hora antes, señor.

—¡Oh! ¿Y... no puedo saber por qué?

Ella se ruborizó.

—Tengo una..., una cita.

—¡Ah! —bajó el pupitre. Y de pronto, con sequedad—: No se deben dejar los deberes por las diversiones.

No lo esperaba. Y le dolió como una bofetada. En aquel mismo instante decidió abrir la clase a la hora de costumbre y salir con Edward después.

Recogió el abrigo y el casquete y salió de la escuela antes que él.

—La llevo en mi coche —dijo Rex, brevemente.

Lo miró de frente. A Rex le parecieron diferentes aquellos ojos maravillosos de mujer, y sintió un frío en los suyos.

—No se preocupe, señor —dijo bajo, pero con energía—. He pensado que no abriré la clase una hora antes. Tengo tiempo. —Y como viera la interrogante en sus ojos—: Para todo, señor.

—La llevo yo.

—Me gusta la compañía de los obreros cuando se reúnen en el autobús.

Salió sin despedirse. Rex quedó desconcertado.

## IX

Los niños se hallaban en el recreo. Lula consultaba un atlas. A través del ventanal veía los patios de los astilleros. Los obreros yendo de un lado a otro, y a Rex que salía del edificio de las oficinas y, lentamente tomando el sendero particular, se dirigía a la escuela.

Observó cómo atravesaba el patio central. Todos le saludaron con respeto. Recordó cuando vivía Palma, en que Rex apenas si se fijaba en nadie. Era egoísta para su misma felicidad. Era un hombre alegre; lo vio jugar muchas veces en los jardines de la residencia, corriendo tras una pelota que Palma lanzaba lejos. Y cuando él se hallaba al otro extremo. Palma se volvía hacia ella, que les observaba, y decía con gesto de cansancio:

—¡Qué pesadez!

—¡Si Rex lo supiera...! No era fácil que lo supiera; no, no lo sabría jamás, pues todos ignoraban los verdaderos sentimientos de *lady* Palma, todos menos ella.

—Buenas tardes, Lula —oyó que Rex saludaba desde la puerta.

Se volvió.

—Buenas tardes, señor.

Rex se dejó caer en el tablero de un pupitre y, lanzando una breve mirada al patio, exclamó de pronto:

—Quien fuera niño otra vez.

—¿Para empezar de nuevo?

Lanzó sobre ella una breve mirada pensativa.

—Empezaría igual —susurró, como si su voz viniera de muy lejos—. Estudiaría la misma carrera, conocería las mismas mujeres, tendría los mismos amigos...

—Entonces —interrumpió Lula— no añoraría el tiempo pasado...

—Lo añoraría siempre, por haber perdido a Palma. Es... lo único que lamento.

Lula no respondió. De súbito:

—Estoy pensando casarme de nuevo, Lula.

Esta no pudo disimular su sorpresa. Dejó el atlas en sus rodillas y quedó mirando a Rex como si este fuera un ser del otro mundo. Rex esbozó una sonrisa:

—¿Se sorprende?

—Por supuesto —balbució—, me sorprende y me asombra. Amó usted demasiado, *sir* Wimbarne, para que pueda adaptarse a otra mujer.

—No seré yo quien me adapte, Lula. Será ella a mí.

—¡Ah!

Y quedó pensativa, diciéndose que Rex Wimbarne era demasiado egoísta.

—De nuevo la he sorprendido.

—Esta vez —titubeó—, mucho más que antes.

—La comprendo —apretó los labios y añadió como si midiera cada frase—: Esperar que yo ame con la misma intensidad es... una esperanza absurda. Mi madre es anciana. Mi hija necesita una mano que la guíe en la vida. — Como ella no dijera nada, alzó la cabeza y preguntó—: ¿Me comprende usted?

Y Lula, titubeante, con súbita energía, replicó:

—No, perdone, señor, pero no le comprendo.

—Es extraño en usted, que es tan inteligente...

—Mi inteligencia escapa ante su problema, nada sencillo indudablemente...

—Veamos, seré más explícito. Pienso casarme de nuevo. Es algo que vengo pensando desde hace días, y llegué a la conclusión de que es como una necesidad.

—Ya.

—Como no puedo dar amor a mi segunda esposa, puesto que pertenece por entero a la otra, la ofreceré una vida noble, una consideración eterna, una existencia fácil y espléndida. ¿Me comprende ahora?

Lula, con deseos de gritar, pero doblgando sus sentimientos, consultó el reloj, y, por primera vez desde que lo conocía, fue descortés y casi grosera:

—Lo siento, señor. No puedo atenderle más. Ya ha terminado el recreo de los niños.

Quedó desconcertado. Saltó del pupitre y sin decir palabra se dirigió a la puerta.

Tres días después, Rex Wimbarne aún no había traspasado de nuevo aquel umbral. Lula Hill casi se lo agradecía.

Pero al cuarto día...

## X

Tía Carolina hacía la cena. Se hallaba ante el fogón y refunfuñaba de vez en cuando. En una salita contigua que hacía de comedor y por la noche de dormitorio para la dama, se hallaba Lula corrigiendo los cuadernos de sus alumnos.

De vez en cuando, al sentir a su tía refunfuñar, alzaba la cabeza y sonreía, volviendo de nuevo a su trabajo.

—Lula —llamó la dama, enérgicamente.

La joven alzó la cabeza y contempló interesada e interrogante a su tía, quien, al parecer, ya no se contentaba con regañar sola en la cocina.

—¿Qué te pasa, tía?

—Estoy hablando sola.

—Ya te oí.

—¿Y sabes por qué?

—No, no lo sé. No me interesa mucho, tía. Tengo aquí mucho trabajo. Mis alumnos no están muy bien en Gramática, precisamente.

—A mí —exclamó la dama enfáticamente— no me interesan tus alumnos. Pero me interesas tú. ¿Y sabes lo que observo?

—No tengo ni idea.

—Que te consumes.

—Pero, tía...

—Eso es. Te consumes. Cada día estás más flaca.

Lula, asombrada, cerró los cuadernos y los apretó en las rodillas.

—Son figuraciones tuyas, tía.

—¿Mías? Y de todos los vecinos. Y del carnicero, que te vio pasar el otro día y me dijo esta mañana: «Si su sobrina usara corbata y camisa, ya se



habría colado por ella».

Lula se echó a reír suavemente.

—Es que no les gustan los tipos flacos, tía. No te preocupes. A mí me gusta guardar la línea.

—¡No es eso!

—Tía, ¿qué dices?

—Que no es eso. Eso digo. Que a ti quien te consume es ese maldito viudo. Y por él estás perdiendo a Edward Pagett. ¿Sabes desde cuándo no viene Edward?

—Desde que yo se lo pedí, tía. No busques problemas donde no los hay.

—Eres una estúpida —se indignó la dama—. Perder a un hombre honrado y rico que está loco por ti, por pensar en un maniático viudo que amó a una...

—¡Tía!

La dama frenó su violencia. Mordióse los labios y gruñó:

—Dios me perdone. No está en mi ánimo ofender a los muertos, pero muchas veces desearía que la mujer estuviera viva para poderle decir cuatro palabras.

—Ve a tu cocina, tía Carol, y no pienses disparates. Te agradezco lo mucho que te preocupas por mí, pero te digo de veras que te preocupas demasiado.

—¿Vas a decirme que no estás loca por él? ¿Que no lo has estado siempre? ¿Que no lo estuviste cuando vivía tu amiga y tú sabes que le engañaba, que le mentía?

—Te lo suplico, tía Carol —susurró, pronta a sollozar—. No me atormentes ni trates de mancillar un buen recuerdo.

—El recuerdo del diablo —gritó—. Esa era tu amiga. Un diablo con faldas, con falsedades, con ojos de infierno.

—Te lo ruego...

En aquel instante sonó el timbre de la puerta. Tía y sobrina se miraron.

—No sé quién puede ser a esta hora —gruñó, yendo hacia la puerta de la calle—. Voy a abrir.

Lula suspiró. Se disponía a penetrar de nuevo en la habitación de trabajo cuando una exclamación sorda de su tía la estremeció, y una voz de hombre

la hizo temblar de pies a cabeza.

—¿Está la señorita Lula? —preguntó aquella voz.

La joven, en la salita, fue poniéndose pálida, a la vez que poco a poco se incorporaba hasta quedar en pie.

—Pase usted, *sir* Wimbarne —oyó decir a su tía—. La señorita Lula saldrá al instante.

—Siento molestarlas a estas horas, pero es que tengo que hablar con ella.

—Pase ahí, al saloncito. Mi sobrina vendrá en seguida.

## XI

No esperó a que su tía la llamara, ni quiso ver su rostro alterado y asombrado a la vez. Salió por otra puerta y entró en su habitación. Lanzó una breve mirada al espejo y se encontró correcta, pero muy pálida.

—Lula.

—Ya voy.

Salió por el pasillo lateral y se dirigió directamente a la salita, donde Rex esperaba. No sabía qué podía querer de ella. No se lo explicaba. No era Rex hombre que se preocupase de hacer visitas de cortesía, y, por otra parte, si algo deseaba de ella relacionado con su trabajo, ¿por qué no la buscaba en la escuela?

Su tía le salió al encuentro en el pasillo. Sonrió a medias. Era su tía una mujer demasiado curiosa para dejarla pasar sin hacerle una pregunta.

—¿Qué quiere de ti? —cuchicheó—. ¿Escarnecerte más? Pues que tenga cuidado. Yo estoy aquí, y no estoy dispuesta a que ese millonario romántico te haga sufrir más.

—Cállate, tía.

—¿Qué quiere de ti a estas horas?

—¿Y yo qué sé?

—No me explico, no me explico...

Y gruñendo, se alejó.

Cuando Lula abrió la puerta de la salita y la volvió a cerrar, se apoyó sobre ella y esperó.

—Buenas noches, señor.

Oyó la silla. Indudablemente, Rex Wimbarne se ponía en pie.

—Siento haberla molestado, Lula.

—No es molestia, señor.

Tía Carolina imaginó el rostro bello de su sobrina, abierto en una breve y muda sonrisa.

Era tonta Lula. Si fuera ella... ¡Hum! A buen seguro que no guardaría las cartas de aquella bruja muerta. Se las daría; sí, se las restregaría por las narices, y le diría: «Toma, toma. Ahí tienes tu ideal de mujer, tu ídolo de barro. Tíralo al estanque y después desinfecta este, para que no quede ni rastro de tu tesoro de barro».

Pero Lula era tonta. Tonta de remate.

—Siéntese, señor. Si algo importante deseaba de mí, pudo enviarme un recado a la escuela.

—Lo que tengo que hablar con usted, Lula, tiene que ser aquí y sin testigos.

—¡Ah!

—Sentémonos los dos. Necesitamos hablar mucho...

Doña Carolina no oyó la respuesta de su sobrina. ¿Se había quedado muda?

—Me parece que la estoy desconcertando, Lula.

—Un poco, señor.

—Verá, el otro día tuvimos una conversación. ¿La recuerda? Yo me refería a mi futuro.

—Sí.

Este «sí» desconcertó a la tía. Fue como un suspense. Intuyó que algo trascendental iba a ocurrir aquella noche en la salita y deseó saberlo todo.

—Usted sabe que aquel día no hablaba en broma.

—No lo sé, señor.

—Lo hacía en serio. Necesito casarme de nuevo, Lula. Y he pensado en usted.

Doña Carolina se agarró a la puerta y quedó como paralizada. Esperó anhelante oír la voz de Lula...

## XII

—**S** eñor... Dice usted que..., que...

—Escuche, Lula, y permítame hablar hasta el final. Tal vez si espero a hablarle, si reflexiono sobre lo que voy a decirle, no me atreva a ello. Pero es preciso.

—Diga... Diga, señor.

—Usted conoció a mi esposa.

—Sí.

—Sabe lo mucho que Palma me amaba.

Se oyó un ruido en el pasillo, y Rex alzó una ceja. Lula se estremeció.

—Es... el gato, señor. Tenemos un gato.

—¡Ah!

Doña Carolina, al otro lado, sonrió sin moverse, maldiciendo a la vez a la otra, que aun después de muerta obligaba a aquel hombre ciego a venerar su recuerdo. Continuó escuchando.

—Le decía, Lula, lo mucho que amó Palma. Lo mucho que yo la amé a ella. Lo mucho que la amo aún.

Doña Carolina apretó los puños. Esperó impaciente una respuesta de Lula. La imaginó pálida y tímida, hermosa como un hada celestial, escuchando a aquel hombre.

Este prosiguió:

—Usted fue su mejor amiga, su única amiga.

—Sí.

—Por tanto, tras mucho reflexionar he llegado a la conclusión de que tiene cierto deber moral para con migo.

Se oyó otro ruido en el pasillo. Lula se estremeció perceptiblemente. Rex apenas si lo percibió.

—No le pido amor, Lula. Ni yo podría amarle a usted, ni usted a mí.

Doña Carolina creyó que Lula no replicaría. Pero se equivocó. Lula habló, y su voz tenía un extraño matiz de orgullo.

—Entonces, señor, ¿qué ha venido a proponerme?

—Que me ayude en favor de Palma.

La dama estuvo a punto de abrir la puerta, coger la escoba y echar de su casa a aquel absurdo fantástico. Pero no lo hizo. A nada conduciría, y aquel asunto era de Lula, solo y exclusivamente de Lula.

Oyó que la joven se ponía en pie. La imaginó frente a Rex Wimbarne, doblegando su altivez, pero que cuando salía era como un cuchillo afilado.

—No ha medido usted mis aspiraciones, mis sentimientos.

—Tendrá usted cuanto desee.

—Pero no es grato para una mujer casarse con un hombre para hablar de otra mujer.

—Usted sabe que jamás podré olvidar a mi primera esposa.

—Pues no busque una segunda en esas condiciones, señor. No la hallará usted.

—Creí —doña Carolina notó despecho en su voz— que apreciaba usted a mi esposa muerta.

—No hasta el extremo de ofrendarle toda mi vida.

—Yo se lo pido...

—¿A mí?

—A las dos en la misma persona.

—No es suficiente, señor. Si un día entrego mi vida a un hombre, exigiré que este me entregue la suya.

—Lula, usted sabe cómo amé a Palma. Yo no le hago esta proposición para ofenderla, ni trato de proponerle un matrimonio apasionado. Mi pasión, mis ansias, toda mi vida, se lo llevó ella. La otra, aquella mujer que tanto me amó. Usted será una madre para mi hija y una buena amiga para mí.

—Me pide usted demasiado, señor.

—Usted la quiso —insistió, tercamente.

Doña Carolina pensó que, o era estúpido, o loco. Y ella sabía que la personalidad de aquel hombre no era nada vulgar. Intuyó que aquel estado de depresión, aquel amor a la soledad y su absoluta negación a la vida, se lo había pedido Palma antes de morir. La dama miró a lo alto e imaginó a Palma dando patadas en el infierno. Se alegró.

—Le respondo lo mismo que antes —dijo Lula bajo, pero firme—. No la he querido hasta el extremo de cederle mi vida.

Hubo un silencio. Doña Carolina creyó que ya no volvería a hablar. Pero de pronto dijo una voz extraña, la voz de su sobrina, diferente, lejana, como si la voz viniera del corazón y se atravesara en la garganta y tremolara dentro de su boca.

## XIII

—Tengo anhelos, señor, como cualquier joven de mi edad y condición. En cosas del amor, no soy materialista. No podría aceptar su ofrecimiento porque deseo amor.

—No ama a Edward.

—Por eso mismo. Si le amara, me casaría con él, y antes prefiero morir que mentir un amor que no siento.

—Eso es digno de usted. Pero yo no le pido eso.

—Pero yo sí.

—¿Me lo pide?

—¡Oh, no! A usted, no. Al hombre que comparta mi vida, sí.

—Pido una compañía espiritual, Lula, no un desahogo sensual. Compréndame usted.

—Por eso mismo, señor. Si un día me caso..., será para entregar mi espíritu y mi cuerpo.

Él pareció dudar. A la dama le agradó la respuesta de su sobrina y la aprobó con buenas cabezaditas.

—Perdone si la he molestado —susurró al fin con desencanto—. Yo creí que...

—Sí —admitió ella suavemente—, usted creyó que yo habría entregado el resto de mi vida a cambio de un dinero y un bienestar que me ofrece. No, señor. Hay algo que no se compra. Y ese algo es el amor.

—Pero —repitió él, impaciente— no le pido amor.

—Y yo no estoy dispuesta a compartir mi vida con un hombre que me ofrece un lugar a su lado para hablarme de otra mujer.

Rex se acaloró.



—Quiso a mi esposa, Lula.

—Repito que no hasta el extremo de cederle mi corazón y mi vida.

—Lo siento. Creí que la amaba usted más...

Doña Carolina sintió como una corriente de aire frío que salía de la salita. Imaginó a Lula crispada, temperamental, incapaz de soportar por más tiempo aquella absurda situación planteada por el hombre que amaba.

—Puede amarla usted cuanto quiera, señor —oyó exclamar a Lula—. Amarla hasta la muerte si le parece, pero yo tengo mi propia vida y mis propios sentimientos, y sería absurdo que por afecto a un muerto diera mi vida y mis anhelos y mis ilusiones. No crea usted que por el hecho de ser maestra de escuela, y de tener que viajar en autobús y verme precisada a educar niños ajenos, me siento desvalida. Pues no, señor.

—Lula —exclamó él, asombrado—, la desconozco a usted.

—Temo que ni aun ahora me reconozca. Porque si me conociera..., no vendría usted a mi lado para hacerme esa proposición.

—No creí que pudiera lastimarla. Le ofrezco una verdad, un cariño, una amistad.

—No es suficiente, *sir* Wimbarne —gritó Lula, perdida un poco su compostura.

Rex no contestó en seguida. La dama imaginó a Rex mirando inmóvil asombrado, a la sumisa maestrita que en aquel instante no tenía nada de sumisa.

—Lo siento —dijo al fin—. Perdóneme. Siento haberla molestado.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches.

Doña Carolina huyó hasta la cocina y comprobó, llena de estupor, que se le había quemado el asado de ternera. Oyó cómo se cerraba la puerta de la calle y esperó oír los pasos de Lula. No los oyó. Y, asustada, se dirigió al pasillo.

Lula, con la cabeza alzada en la puerta cerrada, sollozaba desgarradoramente.

—Lula...

No respondió. Eran sus sollozos tan desgarradores que por un instante la dama temió que enfermara.

—Lula...

—Lo..., lo... has oído...

—Todo, pequeña. Olvídalo. Es preciso.

—Él no tenía derecho... —se agitó y corrió hacia su alcoba—. No tenía derecho a proponerme eso —gimió de nuevo—. No lo tenía.

Y con rabia arrancó la llave de su cuello y la tiró al suelo.

—Quema esas cartas, tía Carol. Quémalas ahora mismo y olvidemos todo esto. Pronto, muy pronto, me iré de aquí. Trabajaré en Edimburgo. Ya encontraré dónde trabajar.

La dama recogió la llave y la ocultó en el bolsillo de su delantal. Una diabólica sonrisa curvaba su boca. Lula no reparó en ella.

—Nos iremos, tía Carol —sollozaba—. Un día, muy pronto, nos iremos.

—Sí, querida, sí.

Pero apretaba nerviosamente la llave en su bolsillo.

\* \* \*

Amaneció un nuevo día.

Lula madrugó. Grandes ojeras circundaban sus ojos. Estaba pálida y mucho más bella, pero ella apenas si se miró al espejo.

—Tía —llamó desde la puerta.

—¿Qué pasa, niña?

Hurgó en el bolsillo del delantal.

—Las llaves del cofre.

—¡Ah! Creí que la había perdido. Toma, ahí la tienes.

—Gracias, tía. Prepárame el desayuno.

—Ya lo tienes en la mesa.

—Iré en seguida.

Al instante estaba en la cocina.

—Tía —gritó ahogadamente—, ¿dónde están las cartas?

La dama puso una expresión inocente.

—Las he quemado. ¿No me lo dijiste ayer?

—¿Quemado?

—Eso es niña. Me lo pediste ayer noche. Quémalas, tía. Quémalas.

—¿Estás segura de que las has quemado?

—Naturalmente. Calenté tu café con ellas.

—Está bien. Ha sido mejor. ¿Sabes, tía? Hay que olvidar imposibles. Ahora ya sé que él jamás podrá olvidar a Palma.

—Seguro.

—La ha querido demasiado. No habrá mujer viva capaz de hacerle olvidar la sombra de aquella mujer muerta.

—No trates de envalentonarte, Lula. Conmigo no es preciso que hagas comedia.

—Te aseguro...

—Desayuna. Será mejor para ti. Pero no trates de olvidar algo que llevas en la sangre como un ansia incontenible, desde que tuviste uso de razón. Para ti no habrá más hombre que Rex Wimbarne. Es... lo lamentable.

—No es posible, tía —susurró, doblegando su amargura—. No es posible. Tengo que tener personalidad, sí, y arrancarlo de mi corazón como una cosa inservible.

—Ojalá lo consiguieras.

## XIV

**L**ady Florence se asustó al ver a su hijo en el umbral de su cuarto, descompuesto, pálido, los ojos inyectados en sangre, la boca crispada... Solo lo vio así una vez: cuando falleció Palma. En aquel entonces creyó que iba a volverse loco, y en aquel instante así lo pensó también.

—Rex —susurró, incorporándose en el lecho—. Rex, ¿qué te ocurre?

Al oír la voz de su madre, Rex dio un paso al frente, como si reaccionara. Y después dio otro y luego otro, hasta caer como desplomado en la butaca que había al lado de la cama.

—Rex, hijo mío... —le temblaba la voz a la dama—. ¿No puedo saber lo que te pasa?

—Aquí tienes, mamá, la maldad de una mujer —dijo con voz que más que voz parecía un alarido. Y en su mano temblaba una bola de papel que apretaba sin piedad.

—¿Qué dices, Rex?

—Lee...

—Lee, lee y te convencerás por ti misma. Son las cartas que Palma escribió a esa maldita Lula Hill —su voz se enronqueció—. Fui a su casa a pedirle que se casara conmigo, y ya ves cómo corresponde a mi generosidad, enviándome esta mañana esas cartas que Dios sabe quién escribió.

La dama no le escuchaba. Nerviosamente, alisaba aquellas bolas de papel y leía. De pronto lanzó un extraño grito. Su voz, al halar, sonó hueca e impersonal.

—Rex, esta letra es de Palma.

—¡No!

—No te pongas así, Rex. Siempre fuiste un hombre razonable. Has de juzgar las cosas justamente. No puede ofuscarte el amor que profesaste a Palma.

—Ella no escribió jamás esas cartas malditas, mamá. Ella era honrada y leal. Y me amaba. ¡Me amaba! —gritó como si tuviera miedo a creer en aquella monstruosidad—. Palma me amaba —añadió, inflexible, apretando enloquecido el rostro entre sus manos—. Me amó hasta la muerte, y si aún después de muerto se puede amar, me estará amando.

—Cálmate, hijo, mío. Ya sé que has ido a pedirle a Lula que se casara contigo. Me dijiste el otro día que pensabas hacerlo, y tú no eres hombre que piense y no realice.

—Así paga mi esplendidez.

—Hizo mal, por supuesto, pero... ¿Estás seguro de que fuiste espléndido con ella? ¿Qué le ofreciste a cambio de su devoción?

—Mi protección y mi ternura.

—Eso es. Eres tan poderoso que Lula, sin remedio, tenía que sentirse agradecida. Pues no, Rex. Conocí al padre de Lula, la conocí mucho a ella cuando era niña y su padre la traía por aquí cogida de su mano. La vi más tarde convertida en una mujer cuando tú estabas casado con Palma. Y desde ahora te digo que Lula no te envió esas cartas.

—¿No lo ves? —gritó, enloquecido—. Son cartas escritas por Palma para Lula.

—Lo he visto, Rex. Repito que ella no las envió. —Y tras una pausa, fríamente, agregó—: Me alegro, Rex, que esas cartas lleguen a tu poder.

—¿Qué dices?

—Amaste demasiado a un espejismo. Es hora de que abras los ojos y veas las cosas como son, no como tú deseas verlas.

Rex estaba a su lado, y cuanto más calmada parecía la madre, más se alteraba él. Erguido, furioso, como loco, gritó con voz ronca y desgarradora:

—Jamás creeré esta sarta de mentiras. Palma fue una mujer sincera y leal, y solo me amó a mí. ¿Comprendes, mamá? ¿Entiendes, mamá?

—Cálmate, Rex.

—Me pides calma, cuando todo sangra dentro de mí. Calma, cuando parece que me desgarran las entrañas. Tú no sabes el mucho odio que de

pronto entra en mí. Es..., es como si me envenenaran la sangre.

—¡Rex!

Este se dirigía a la puerta con las cartas en la mano, estrujadas entre sus dedos.

—Esto... no puede quedar así. Me dirá quién las escribió. Tendrá que confesar que lo hizo ella misma...

—Rex —exclamó la dama enérgicamente—, compórtate como un hombre. No seas niño otra vez. Yo misma no dudo de la verdad de esas cartas, porque nunca creí en el amor que Palma decía sentir por ti. Mil detalles que no ve un enamorado, los ve una madre, Rex.

—Cállate, cállate —gritó Rex, ya en la puerta—. No hagas que te odie a ti también.

Y salió, dando un portazo.

## XV

Los niños se hallaban en el recreo en aquel instante. Rex cruzó el patio y a paso lento se dirigió a la escuela. Ya no era el hombre que gritaba y sufría ante su madre. Estaba, pálido, un rictus amargo crispaba sus labios, pero su aspecto era frío y ecuánime. Nadie diría, al verlo, que su corazón sufría como jamás había sufrido, aun infinitamente más que cuando falleció su esposa.

Lula escribía algo en el encerado cuando él entró y cerró tras sí. Al ruido de la puerta, la joven se volvió y lo miró extrañada.

—Buenos días, *sir* Wimbarne —saludó con voz temblorosa.

Él no respondió. De pronto echó a andar y se detuvo frente a ella. La miró con desprecio. Lula se extrañó. El haberle rechazado el día anterior no era motivo para que la mirara de aquel modo.

—*Sir* Wimbarne, siento lo ocurrido ayer noche. Comprenda mi posición —añadió, nerviosamente—. No podía obrar de otro modo. Mi corazón no es una mercancía.

Por toda respuesta, él, con rabia, con odio, extrajo las cartas del bolsillo y se las entregó con ademán enérgico.

—Son tuyas —dijo, roncamente—. Palma jamás pudo escribir eso.

Si a Lula le propinan una paliza en aquel instante, no se hubiera defendido. Fue tal su dolor, su pena, su angustia..., que hasta sintió la sensación de que dejaba de respirar.

—Señor...

—Nunca debió usted pagar de ese modo mi generosidad —replicó, con desprecio.

Desprecio que dolió a Lula más que una bofetada.

—Es villano, asqueroso, despreciable —dijo, con voz odiosa— que mancille usted el recuerdo de una muerta que en vida fue su amiga y la ayudó.

—Señor...

—Tendría usted que dejar este empleo —gritó, despiadado—. Si no sale de Glasgow, al menos tendrá que desaparecer de mi vista. En silencio la he admirado a usted. Hoy la desprecio tanto como antes la admiré.

—Señor...

—Sepa que jamás creeré esta sarta de mentiras —se las arrancó de las manos—. Deme, quiero guardarlas como recuerdo de su villanía.

Lula no podía hablar. Las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos. Tía Carolina... Ella, ella había sido, creyendo hacer un bien... Y la había destrozado, porque ni ánimo quedaba para defenderse. Bien es cierto que aunque pudiera no se defendería. ¿Para qué? ¿Podía aquel hombre creerla aunque ella le dijera que jamás había pensado en mancillar el recuerdo de Palma, aunque evidentemente pudiera demostrarlo? Rex no la creería jamás, la odiaría mientras viviera. Sería... como una penitencia para ella el resto de su vida. Tía Carolina nunca debió hacerlo. ¡Oh, no! Nunca, jamás, debió emplear aquellas cartas como arma incombustible, para defenderla a ella y hundirlo a él.

Vio cómo Rex, con las cartas en la mano, daba la vuelta y se dirigía a la puerta. Por un instante estuvo a punto de correr tras él, cogerlo de la mano y decirle... Decirle: «Te quiero demasiado. Y yo te quiero de verdad para no hacer ese daño. Compréndeme, Rex...».

Pero Rex se alejaba. Caminaba a lo largo del patio como un autómatas y se perdía entre los obreros y entraba en el edificio, desapareciendo por su puerta ancha y grande.

Quedó como anonadada. Por espacio de varios minutos apenas si parpadeó. Después, las lágrimas fueron inundando sus ojos y la cegaron. Dio la vuelta. Recogió su carpeta de piel, se puso muy despacio, la gabardina, y cuando entraron los muchachos en la escuela, ella dijo con voz extraña que no parecía la suya:

—Me encuentro mal. Tendréis qué volver a casa. Por la tarde no vengáis.



## XVI

**A**brió la puerta con su llavín. Doña Carolina ya la esperaba. Pero de otro modo. No esperaba, no, verla en aquel estado apático, desmadejado, como si bruscamente el mundo se desplomara sobre sus espaldas.

—¡Lula!

La muchacha se dejó caer en una silla y depositó en sus rodillas la cartera de piel. Su voz sonó ronca y apagada a la vez, una voz ronca como si saliera de muy hondo y se desencajara entre la garganta y la boca.

—No..., no debiste hacerlo, tía Carol. —De súbito estalló en sollozos—. Nunca —añadió, bajísimo—, nunca debiste hacerlo.

—Lula...

—No hay derecho a decir a un hombre algo tan monstruoso.

—Lo merecía, Lula. Perdóname.

—Ya..., ya... no tiene remedio.

—Necesitaba que odiara a esa otra mujer que lo aparta de ti.

La boca de Lula se distendió en una tenue y amarga sonrisa.

—Y no has hecho otra cosa que aumentar el cariño que le tenía y despertar su odio hacia mí.

—Eso no, Lula.

La joven afirmó con la cabeza. Llevó los dedos a la frente y la acarició lenta y suavemente, como si todo en ella dejara de tener importancia, excepto su frente.

—Eso sí, tía. Rex no podrá creer jamás en la villanía de la mujer que amó tanto, y aún sigue amando después de muerta. —Y con un reproche, añadió—: Has cometido un grave pecado. ¿Quién soy yo, después de todo? Una mujer con una ilusión imposible. No existe fuerza humana que tenga derecho

a desvanecer un íntimo recuerdo del corazón de un hombre honrado. Él la quiso de veras y la quiere, y nunca podrá amar a otra, porque nunca creará en la falsedad de Palma.

—Lo que quiere decir —apuntó despiadada tía Carol— que no cree en la verdad de esas cartas.

—Eso es... Al contrario. Cree que fui yo quien se las envié, y cree, además, que las falsifiqué.

—¡Lula! —gritó—. ¿No lo has desmentido?

La joven alzóse de hombros y cortó los sollozos, si bien no pudo evitar que las lágrimas corrieran libremente por sus mejillas.

—¿Has consentido que te creyera culpable de tal villanía?

—Fuiste tú quien envió las cartas, tía Carol. Eres mi tía, te quiero como si fueras mi madre...

—Eso no evita que él...

—Eso debemos dejarlo así. Dejar que él siga creyendo que Palma fue buena y leal, y es mejor para mí que me crea una falsa, y no a la mujer que venera.

—No puedes sacrificarte hasta ese extremo.

—Tengo ese deber. Las has enviado tú. Es... como si las enviara yo. — Se puso en pie. Hubo de apoyarse en el brazo de la butaca. Con voz tenue, amarga, susurró—: Voy... Voy a descansar un rato.

—Lula..., ¿me desprecias mucho?

La miró.

—No, tía Carol. Te compadezco como me compadezco a mí misma.

\* \* \*

Hacía dos días que Rex no salía de su habitación. Por tres veces llamaron de los astilleros requiriéndole, y por tres veces su ayuda de cámara respondió que se hallaba indispuesto. Ni siquiera *lady* Florence tenía acceso a aquellas habitaciones. Fueron muchas las veces que intentó entrar, y muchas las que Peter le dijo con voz ronca:

—No sé qué le ocurre, *milady*. Está en la habitación de la difunta *milady*, y de vez en cuando azota los muebles y los objetos.

—Dígale que soy yo —insistía *lady* Florence.

—Se lo he dicho. Con voz alterada, me contestó que no quería ver a nadie. Perdona, *milady*.

—Está bien, Peter. Cuando decida dejar la alcoba, llámeme, por favor.

—Así lo haré, *milady*.

Peter comentaba con Lucy, el ama de llaves:

—No sé qué puede ocurrirle. Se diría que está loco.

—¿Qué hace ahí dentro sin comer ni beber?

—Bebe constantemente. Cuando termina una botella, me pide otra.

—¿Borracho?

—No, no. No se emborracha. Se diría que tiene el demonio en el cuerpo. ¿Y sabes, Lucy? De pronto parece que odia a la persona muerta. Tiene unas cartas en la mano y las lee sin cesar. Cada vez que las lee, y esto ocurre con frecuencia, se levanta y azota furioso objetos que fueron de ella. Está el suelo lleno de trajes, zapatos, pieles. Las fotografías están rotas en miles de pedazos ante la chimenea del cuarto contiguo a la habitación. Se mesa los cabellos, se azota, y cuando yo entro a ordenar, me grita, descompuesto: «Deja todo donde está, Peter. Maldita, maldita mil veces».

—¿Maldita, quién? —preguntaba Lucy, asombrada.

—Yo no sé. Esas cartas le torturan, y, no obstante, las lee constantemente. Ayer noche él entró en la alcoba. Traía en la mano una estola de visión. La azotó contra los muebles, y de pronto, con voz baja y desgarrada, me dijo: «Peter, a veces vale más morir que saber las verdades. ¿Sabes, Peter, lo que más me duele? Asómbrate, Peter. Lo que más me duele, lo que me desgarrar, lo que me aniquila, es que esa verdad me la haya hecho saber ella».

—¿Qué verdad?

—¿Y yo qué sé? —repuso Peter, alzándose de hombros—. Cualquiera sabe qué verdad es, si parece loco.

—Algo grave ocurre, Peter.

—Algo muy grave, por supuesto, pero tal vez no lo sepamos nunca. *Milady* sabe algo. Nosotros no lo sabremos jamás. Lo que sí puedo asegurar

es que ello, lo que sea, está relacionado con *lady* Palma, y que hay otra mujer de por medio.

—*Lady* Palma —gruñó Lucy— nunca fue tan leal y tan buena como milord cree.

—De eso sé yo mucho. Recuerdo cómo lo miraba cuando él no la veía. — Bajó la voz—. Lucy, te lo dije muchas veces. Me parece que *lady* Palma nunca quiso a milord.

Una doncella pasó por su lado.

—Lucy, busca a *milady*. Una dama desea verla.

—Voy al instante.

Corrió a lo largo del pasillo y pidió permiso para entrar en el saloncito azul.

—*Milady*, una dama desea verla —anunció.

—No estoy para recibir a nadie, Lucy. Pero jamás he despedido a una visita. Hazla pasar aquí.

Minutos después, Carolina Hill estaba en el saloncito azul con una tímida sonrisa en los labios.

## XVII

—*Milady*...  
—Pase, señora. Y tome asiento.

—No me conoce usted.

—La conozco.

—¿Me conoce?

—¿No es usted la tía de Lula Hill?

—Sí, *milady*.

—Tome asiento, por favor. Me parece que me interesará lo que usted tenga que decirme.

—*Milady*, yo...

De pronto, Carolina Hill lo confesó todo. Todo, excepto que su sobrina amaba a Rex. Refirió cómo pudo leer las cartas. Lo que ocurrió la noche que Rex fue pidiendo a Lula que se casara con él. La reacción de Lula, lo que esta hizo con la llave...

—Y yo —añadió bajo, con amargura—, al ver el dolor de mi sobrina, y su humillación ante el amor que su hijo sentía por otra mujer que no lo merecía, tomé la llave, cogí las cartas y le hice creer a Lula que las había quemado. Pero no lo hice. Cuando Lula las reclamó al día siguiente, le dije que las había destruido, pero lo cierto es que ya las había enviado en sobre cerrado a su hijo. Sé que no debí hacerlo, *milady*. Pero...

*Lady* Florence la miraba fija y escrutadoramente. De pronto, preguntó:

—¿Por qué tenía tanto interés en que Rex supiera que su esposa muerta no merecía su amor?

Carolina Hill se ruborizó.

—*Milady*..., yo... amo a mi sobrina.

—Lo sé.

—Me dolió que su hijo viniera a ofenderla, ofreciéndole solo migajas, cuando Lula merece la adoración y ternura toda de un hombre.

—¿No... existió otro motivo?

—*Milady*...

—Bien, bien, no se haga violencia. Dígame, señora: ¿Qué hizo mi hijo ante Lula?

—La despidió.

—Ya.

—Lula quiere marchar de aquí.

—Lo comprendo. Dígame, ¿desmintió Lula la acusación de Rex?

—No. Por eso estoy aquí. Lula no se defendió cuando su hijo le escupió en la cara su desprecio. La llamó ingrata, embustera. Le vino a decir que aquellas cartas las había escrito ella.

—Es lógico.

—¿Lógico? Lula es incapaz de hacer eso.

—Lo sé. Sé también que Palma escribió esas cartas. Indudablemente, sin ningún género de dudas es su letra. Rex ya lo sabe también. Nada he podido decirle ni nada me dijo, pero mi hijo es inteligente, no es fanático, como cree usted. De todos modos, gracias, señora. Yo no la censuro. Tal vez, en su lugar, yo hubiera obrado del mismo modo.

—Quería...

—Dígame...

—Que él supiera que Lula no fue culpable, que solo yo soy responsable de lo que ha ocurrido.

—No se preocupe. —Y con una tenue sonrisa—: Cuando yo pueda hablar tranquilamente con Rex..., este lo sabrá. Pero no sé cómo podré hablarle.

Carolina se puso en pie.

—Gracias, *milady*.

—Por favor. Diga a Lula que no se le ocurra dejar Glasgow. No le pido que vuelva a ocupar su puesto en la escuela. Pero tendré sumo gusto en enviarle una tarjeta para que se presente a un amigo. Tendrá empleo mañana mismo.

—Gracias, *milady*.

—Marche tranquila —añadió, con una sonrisa—. No la censuro ni la culpo de nada. Al contrario, le estoy agradecida. Rex, mi hijo, necesitaba algo fuerte para reaccionar. Supongo que habrá reaccionado.

## XVIII

**L**ady Florence lo esperaba. Conocía a Rex. Sabía que al fin reaccionaría, y allí lo tenía, tras tres días de silencio. Nadie al verlo diría que era el mismo hombre, que en la alcoba que había pertenecido a su mujer leía cuatro cartas y azotaba cuanto encontraba a su paso.

—Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, Rex. ¿Pasamos al comedor?

Así, como si hiciera un momento que se vieran y no ocurriera nada en aquel lapso de tiempo.

Rex le ofreció el brazo, y juntos atravesaron el umbral.

Se sentaron uno frente a otro, como todos los días, y comieron en silencio. Cuando pasaron al salón, y tras servirles la doncella el café, dijo Rex:

—Mañana tomó el avión.

La dama sintió una satisfacción intensa, desbordante.

—¿Te vas de viaje?

—Sí.

—¿Por mucho tiempo?

—No lo sé. Depende.

—Oye, Rex. Tengo que decirte algo que tal vez te agrade.

Bajo aquella interrogante, la dama leyó desencanto, como si Rex dijera en voz alta: «¿Crees posible que exista algo en la vida que me agrade, después de lo ocurrido?». Pero hizo como si no comprendiera su «sí».

—Si tienes paciencia, te relataré una historia. Es con referencia a Lula.

Notó que se estremecía.

—Prefiero...



—Rex, me gustaría que me escucharas.

—De acuerdo. Dime, pues.

Se lo dijo todo. Y Rex, que la escuchaba y fumaba a la vez, no parecía sentir impresión alguna.

—Por tanto —concluyó la dama—, no creas a Lula responsable de lo que pasó. Fue su tía. Todas las madres y las tías obran siempre sin miramientos cuando se trata de defender a hijas o sobrinas, así estas ocupan en nuestro corazón el lugar de hijas.

—Iré a Italia —replicó Rex, por toda respuesta.

La dama no insistió. Sabía que Rex no se había perdido una sílaba de todo lo dicho por ella.

—¿Solo?

—No.

—¿No? —Y ahora sí que se asombró la dama.

—Necesito llevar a mi lado una mujer.

—¿Una mujer? ¿Qué dices, Rex?

—Pretendo casarme mañana mismo.

—¿Qué dices? ¿Estás loco?

Rex se puso en pie y hundió las manos en los bolsillos.

—De pronto —susurró como si su voz no le perteneciera— siento ansia. Una ansia loca de ser querido como creí que lo era.

—Rex...

—Es como si encontrara algo que despidiera un horrible hedor. Un hedor que me hacía daño y me angustiaba más cada día.

—La has amado mucho, Rex.

—He amado a un ídolo —susurró reflexivo—. Permanecí durante años, siete, adorando aquel ídolo, pensando que era de oro, de brillantes, de perlas preciosas, y de súbito... lo así entre los dedos y... vi con asombro y desesperación que era de barro. Lo tenía a mis pies roto, y cada uno de sus malditos trozos, trajo a mi vida una gran ilusión. No sé si a todos los hombres les ocurrirá igual, puestos en mi lugar. No lo sé, madre. Lo que sí sé es que estaba enamorado de un espejismo, y hoy me siento de nuevo un hombre, un hombre distinto, de ideas claras y reacciones justas, un hombre que puede pensar y soñar con una vida nueva. Ha sido este un desengaño que nosotros

los hombres, de vez en cuando, necesitamos para destruir nuestra vanidad masculina.

Se dirigía a la puerta.

—¿A dónde vas, hijo mío?

La miró desde el umbral, con la mano ya en el pomo.

—Voy a buscar esposa. Esta vez... será un ser humano de verdad, no un espejismo. Estaba ciego. Amé en Palma el desprendimiento, la generosidad, la inteligencia, la verdad de otra mujer, y no lo supe hasta esta noche.

## XIX

**L**a abrió doña Carolina. Fue tal su impresión ante el pétreo rostro de Rex que, tras proferir una exclamación ahogada, se asió al marco de la puerta para no caer.

—¿Está Lula? —preguntó él firmemente.

Doña Carolina aspiró hondo, como si le faltara el aire.

—Milord..., yo..., yo... y no ella soy la responsable.

—No vengo a discutir eso, señora —dijo Rex suavemente—. Vengo a ver a Lula, a hablar con Lula.

—No —susurró la dama—. No puedo consentir que ella sufra más. Ya..., ya ha sufrido bastante.

—¿Quién es, tía Carol? —gritó una voz desde el saloncito.

—Nadie..., nadie. —Y en voz baja, con ansiedad—: Váyase usted.

Rex la empujó suavemente y entró.

—Milord...

—Permítame pasar, señora. No vengo a angustiar a nadie, y menos a su sobrina.

Lula, en aquel instante, acudió al cuchicheo y quedó erguida, temblorosa, en el umbral del saloncito.

—*Sir Wimbarne* —susurró.

Rex avanzó hacia ella. La asió por un brazo, la empujó suavemente y cerró tras sí.

Doña Carolina se quedó plantada en el pasillo, con el rostro oculto entre las manos, estremecida de dolor y de ansiedad.

—Lula —oyó la voz de Rex, firme y suave a la vez—, vengo a pedirle de nuevo que se case conmigo.

Hubo un silencio. Después, la voz ahogada de Lula:

—¿Casarme con usted? ¿Ser yo la sombra de la otra?

—Ya no hay otra, Lula. En realidad, ella murió hace tres días. Vengo a pedirle que se case conmigo, que sea mi esposa de verdad y venga conmigo.

Doña Carolina sintió un escrúpulo extraño y lentamente se dirigió a la cocina. Nerviosamente, empezó a fregar, pero si bien se aproximaba a la puerta de la cocina de vez en cuando, otras tantas veces retrocedía y continuaba su faena.

—No puede morir una mujer en tan poco tiempo, después de vivir tantos meses en un corazón como si estuviera viva.

—Prefiero no hablar de eso, Lula. Ayúdeme a tomar gusto a la vida. Lo pido con verdadera ansiedad. Venga conmigo, sea mi esposa. Ayúdeme a creer de nuevo en la verdad de las mujeres. Si me voy solo, y me iré de cualquier modo, estoy seguro de que nunca volveré a creer...

—No puedo —susurró ella— exponerme...

—¿Exponerse a qué?

—A ser comparada con otra mujer.

—Permítame rogarle, Lula, que no piense en la otra. No soy hombre de promesas vanas. Mi misma constancia en el amor que sentí por Palma le demuestra que no soy hombre veleidoso. Destruído mi ídolo, necesito tener otro ídolo. —Y bruscamente—: Sé que usted me ama.

—Yo...

Y Lula se estremeció de pies a cabeza. Él la asió por el brazo y la acercó a sí.

Lula no pudo retroceder.

—Usted me ama. Solo una mujer que ama tiene tanta paciencia como usted. Ahora recuerdo detalles... Palma, en efecto, no me quiso jamás. Usted, sí. Usted me quiso ya en vida de mi esposa.

—¡Cállese! —pidió ahogadamente, tomando el rostro entre las manos—. Cállese, por lo que más quiera.

—No callo y me voy, Lula. Y no la besaré. Bien sabe Dios que en este instante es lo que más ansío en mi vida. Tomarla en mis brazos, cerrarla en ellos y decirle muy bajo cuanto siento y cuanto quiero. Pero no lo haré. Ni lo haré aun después de casado. Necesito que usted piense, que me crea, que me

adore. Y yo la adoraré a usted. Yo no puedo vivir sin adoración. Yo tengo que amar con locura o no amar. Puede usted ser esa mujer que siento en mi vida. ¿Qué si la amo? No lo sé. Pero esta ansiedad, esta dulzura que siento, esta inclinación hacia usted, ¿por qué no puede ser amor?

—Por favor, váyase.

—Sí. Pero mañana volveré a buscarla. Expóngase, Lula, a cubrir la vacante de mi corazón, y yo me expondré también a dar de nuevo lo que nunca supiera considerar.

—Tengo miedo.

—Solo los ignorantes y los locos no lo tuvieron. Usted ni es inconsciente ni es ignorante. Y la necesito —añadió en voz baja—. La necesito como jamás he necesitado a nadie ni a nada en mi vida. —Y presuroso, sin transición—: ¿Me seguirá mañana? —Y de pronto, con brusquedad, asiéndola por la muñeca y apretándosela fuertemente—: ¿Por qué no hoy? Podemos casarnos ahora mismo... Ahora mismo, Lula.

—No, no...

—Por favor..., ahora mismo.

—Le ruego...

Rex tiraba de ella con tanta fuerza, con tanta ansiedad, como si en aquel instante su razón de vivir dependiera del seguimiento de aquella muchacha. ¿Pretendía huir de un recuerdo que aún dañaba? ¿O la necesitaba de verdad?

—Lula, ven... No lo pienses más.

Y Lula lo siguió casi sin darse cuenta. Cuando se la dio, un sacerdote los bendecía y un juez les estrechaba la mano.

Tía Carolina esperó inútilmente horas y horas, y cuando ya no pudo más, llamó por teléfono a la residencia de *lady* Florence.

—Venga conmigo, querida Carolina —dijo *lady* Florence—. Y no piense en ellos. Habrán tomado el avión para Italia.

—Pero...

—Acabo de saber que se han casado.

—¿Cómo?

—Venga, Carolina. Me siento sola. Necesito su compañía.

—*Milady*...

—Y llámeme Florence, Carolina.

\* \* \*

No habían tomado el avión. Se hallaban en Edimburgo, en un lujoso hotel, frente a frente los dos, mirándose interrogantes. El primero en sonreír fue él.

—No me mires con esa expresión, Lula —rio Rex, afable—. Nos hemos casado. Sí, somos marido y mujer, pero ahí tienes tu alcoba, y yo allí otra...

—Señor...

—Y llámame Rex.

—Rex...

Este, de pronto, avanzó hacia ella. La tomó en sus brazos y la empujó suavemente. Lula cayó sobre algo blando y cómodo. Tenía a Rex junto a ella.

—Rex... —susurró suavemente—. Rex...

—Me gusta mi nombre pronunciado por ti.

—Rex...

—¿Solo... sabes decir eso?

—No —exclamó de pronto, ahogadamente, alzando sus brazos y apretando contra sí el cuello masculino—. Puedo decir mucho más. Infinitamente más. Todo... —se hacía más tierna su voz— lo que me digo a mí misma y te dije a ti cuando te sabía en brazos de otra mujer.

—Lula..., probemos esta noche a ser el uno del otro. Lo necesitamos los dos. Es como si tuviéramos hambre, mucha hambre, y de pronto pudiéramos saciarla.

La mujer amaba y él necesitaba aquel amor. Fue como si el encanto de Luisa, aquella ternura nueva, aquella entrega turbadora, despertara en Rex un recuerdo ingrato. Un recuerdo que condenaba a la otra y salvaba a Lula. Un recuerdo que le obligó a buscar los labios de Lula y hallar en ellos una pasión que nunca le dio otra mujer.

—Lula...

—Bésame otra vez —pidió ella, intensamente—. Y si no puedes amarme nunca..., engáñame, míenteme... Míenteme tu amor, Rex. Y bésame ahora.

La admiró, la besó y la quiso. Sí, la quiso. Con una ternura diferente. Poseer a Lula era casi como poseer la ventura del cielo. Y la poseyó, y Lula

dio en aquella entrega el alma y la vida, y cuando quiso reaccionar, el hombre la apretaba contra sí y le decía al oído:

—Te adoraré, Lula. Toda la vida te adoraré, porque en ti, en tus brazos, en tus caricias, en tu entrega está la verdad. Una verdad que pasó sobre mí como un engaño y que me retuvo en las garras del diablo meses interminables de ceguera y obsesión. Tú eres la verdad para mí y yo soy la verdad para ti.

Lula ya no se apartó. Lula necesitaba a Rex, y este con gran asombro, sentía que la necesitaba a ella. Bajo la mortecina luz que partía de una esquina de la alcoba, Rex y Lula vivieron horas de amor y de verdad.

\* \* \*

—¿Lo sabéis? —preguntó Sandra, irrumpiendo en el grupo.

—Sí, ya lo sabemos.

—La mosquita muerta.

—El enamorado eterno —gruñó Griselda.

—El muy falso —dijo otra chica—. Pobre Palma.

—¡Pobre Palma! —repitió un muchacho que había permanecido callado—. Valiente embustera.

—¿Qué dices?

—Nunca quiso a Rex. Saltaba a la vista.

—Silencio —ordenó otro muchacho—. Llega Edward Pagett.

En efecto, este se aproximaba al grupo. Los observó un momento y luego exclamó campechanamente:

—No me compadezcáis más, muchachos. Que siga la crítica. Lula merecía un hombre como Rex. Yo nunca hubiera sido tan constante.

—Si te conformas así... —rio Martina.

—Conformarse es de valiente. ¿Queréis bailar, monadas?

\* \* \*

Carolina y *lady* Florence se hallaban en la terraza cuando el auto de Rex se detuvo ante la escalinata. Saltaron los dos a la vez. A las damas no les hizo falta preguntar. Vieron en los dos rostros resplandecientes la respuesta. Lula y Rex eran de veras felices, impresionantemente dichosos. Bastaba observar cómo se miraban.

Los saludos, los besos, y después la *nurse*, que avanzaba con la niña y se la entregaba a Lula.

—Será mi hija más querida, Rex —susurró al oído de este—. Y tú la querrás como si fuera mía.

—Sí, mi vida, pero ahora déjala con sus abuelas y vamos tú y yo a cambiarnos.

—¿A cambiarnos? —lo miró burlona.

Él la asió por un brazo y dijo muy bajo, suavemente:

—O a querernos, si prefieres, más que nunca, mi vida. No puedo vivir un instante sin besarte, Lula, y tú lo sabes.

—Eres un incurable enamorado, Rex.

—Como tú... Lo seremos siempre.

—¿Qué habláis?

—Nada, mamá. *Nurse*, trae a la niña. La señora necesita descansar.

Tiró de ella. *Lady* Florence y Carolina quedaron riendo.

No ocuparon las mismas alcobas. Aquellas, fueron retiradas e hicieron de cuarto de estudio y dormitorio de la *nurse* y la niña.

Ellos tenían una cámara al otro lado del edificio.

—Rex —susurró ella—, esto es maravilloso —se aproximó a la ventana—. Desde aquí te veré salir de los astilleros.

Él no la escuchaba. Le quitaba el abrigo y la besaba en el cuello.

—¿Qué haces, loco?

—Déjame que te quite la ropa.

—Pero, cariño...

—Déjame, Lula... Necesito hacerlo para saber que eres mía.

—Jamás mujer alguna fue tan enamorada de un hombre.

—Déjame...

Lula se apretó contra él, se empinó para darle su boca y susurró:

—Te dejo...



FIN